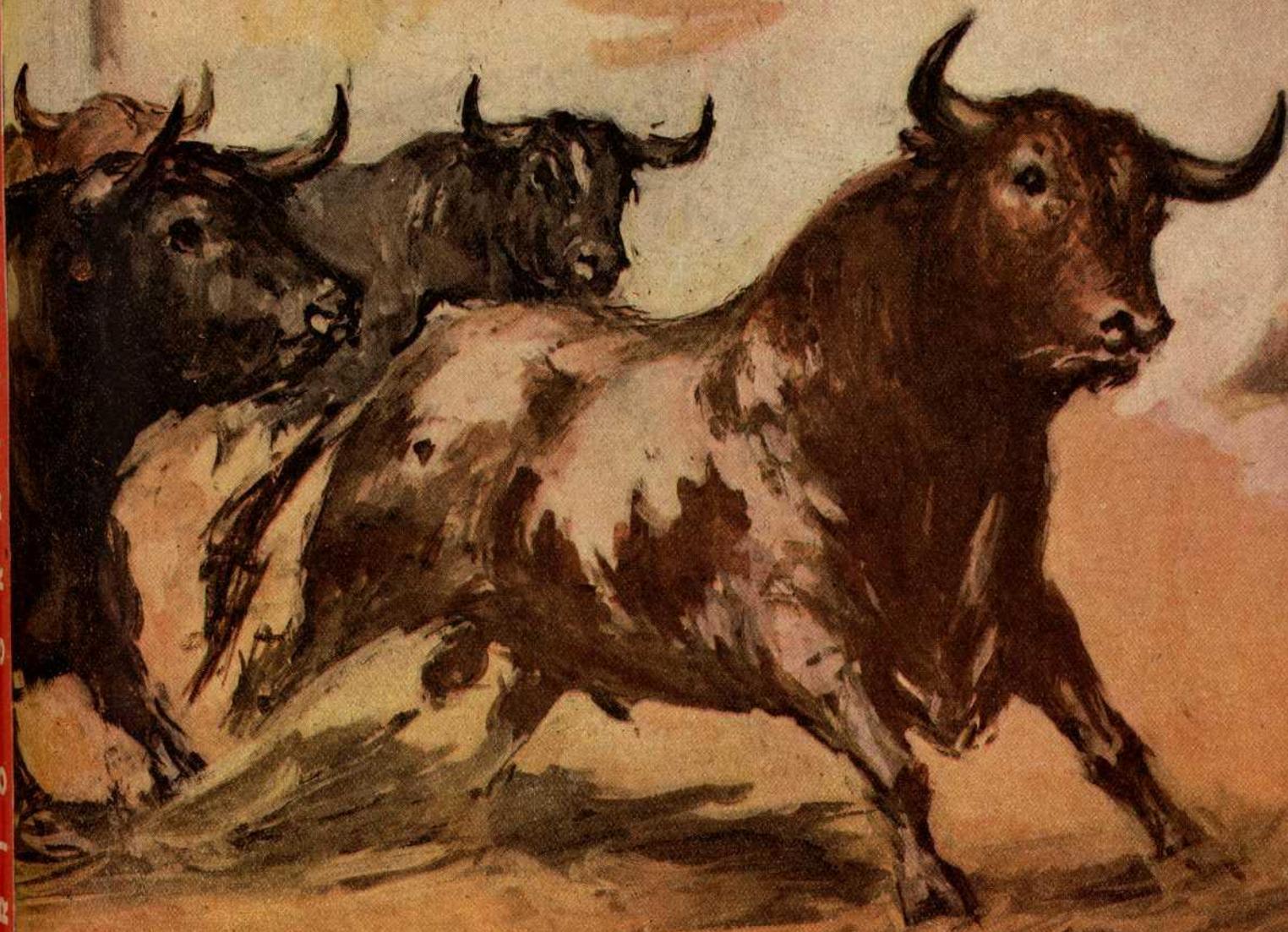


El Ruedo

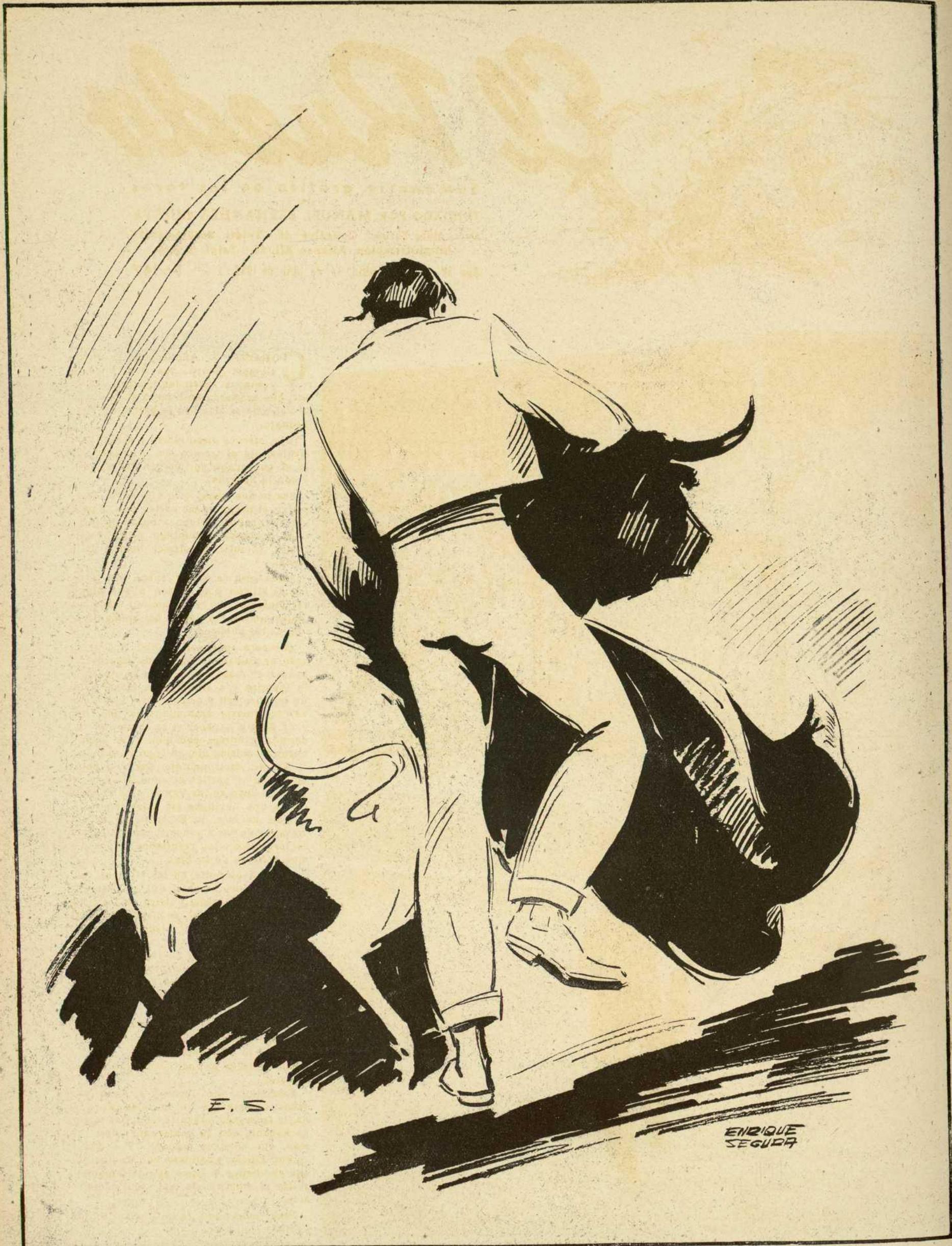


2

Ptas.

JAAYERRA

SEMANA RIA



Cogida en el tentadero



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26.—Telef. 214460

Año IV - Madrid, 17 de abril de 1947 - N.º 147



CORUÑA, 2; Atlético, 3. — Primer tiempo: Zarra, los 3.» Luego, como ya saben los lectores, no fue así; que actuando de tercero en discordia, el Valencia se alzó con la palma del Campeonato.

¡Ojo, eternos discutidores y sempiternos rivales; ojo al tercero en discordia, que es el que acaba por cargar con el santo y con la limosna!

Sea lo que fuere, o lo que había de resultar, el hecho es ese cartel que se paseó por el ruedo de Bilbao a mitad de la corrida celebrada el domingo. Como si dijéramos, también el primer tiempo de la fiesta.

¿Será cosa de volver sobre los términos de afición y de pasión a que alguna vez hubimos de referirnos en unas modestas reflexiones acerca del ambiente actual de los públicos?

¿No será todo compatible? Porque ese caso de Bilbao, en que unos espectadores acuden en masa a presenciar su espectáculo favorito y a enardecerse viendo cómo un hombre ágil y artista burla una y otra vez las fuertes embestidas de una fiera y de paso a conocer si su equipo ganó o perdió, se enlaza con que, a las mismas horas del mismo día, en Madrid, se llenaba el Estadio Metropolitano para no perder detalle de un partido de emoción, y se colmaba el coso de las Ventas ante el anuncio de una novillada sin importancia. En la que, además, la Empresa no tuvo la previsión de dar a conocer, «para atracción de forasteros», los resultados de los últimos partidos de la Liga.

Síntoma evidente de los tiempos; pero creemos, sinceramente, que en este caso de Bilbao o sobra el público en los tendidos o sobra el cartel. A menos que la televisión nos lo dé todo resuelto y dejemos de decir ¡ole! a un buen pase natural, para seguidamente arrojar los sombreros al aire ante el entusiasmo que nos ha producido el gol emocionante que se ha marcado en un partido que se está verificando al mismo tiempo.

Habría que modificar el refrán, porque se habrá conseguido, a la vez, repicar y andar en la procesión...

Sin embargo de todo esto, ¡qué quieren ustedes!

Escribimos estas líneas y estamos pensando únicamente en la feria de Sevilla, la feria más torera de las ferias toreras de España, con su penetrante «olor» taurino, que empieza mañana. Y a ella se va con afición y también con pasión; porque ella define el ritmo de una temporada y hay el embrujo de una escuela que es arte.

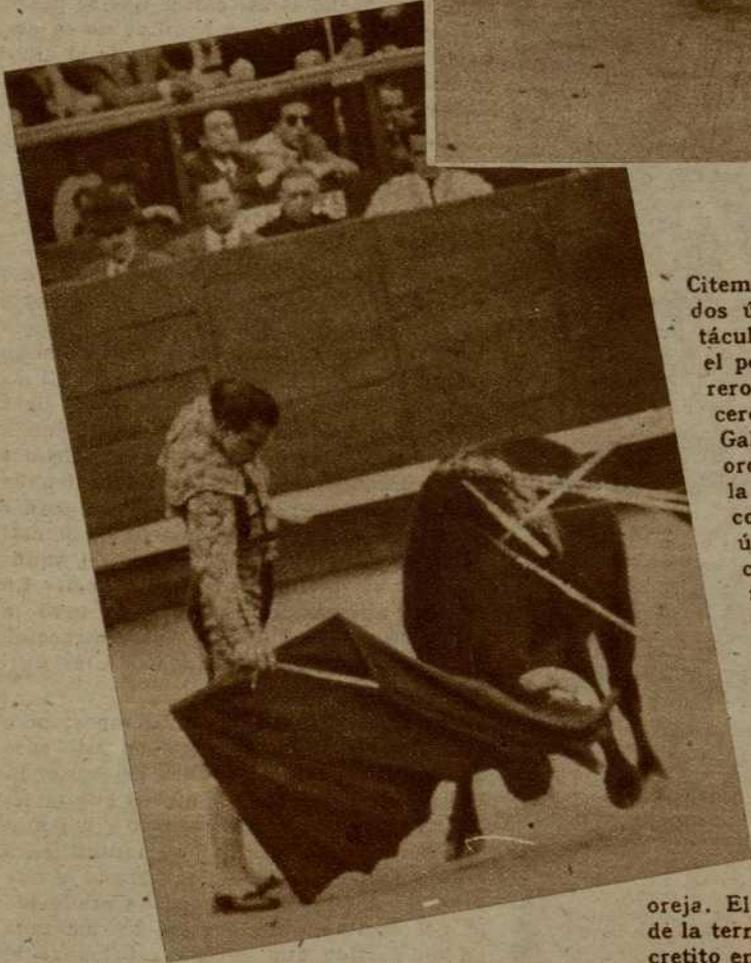
Pero, sobre todo, es la Gracia. Con mayúscula.

La Plaza de Toros de Madrid, a Tercera División

Repugnante lote de moruchos.--Gallito Chico estuvo valiente a ratos.--A Vicente Fauró le pitaron mucho en el quinto.--Gallito de Dos Hermanas es un novillero valiente

SIN preocupación alguna, al igual que la Empresa de la que en un tiempo fué primera Plaza del mundo, podemos apostar los sueldos que durante el año cobre un banquero, contra lo que el lector quiera, a que la novillada del pasado domingo pasará a la historia como la función taurina más aburrida de la temporada actual.

Es inexplicable que en Madrid se lidien novillos como los de Garrido Altozano, corridos en dicho «festejo». La despreocupación de la Empresa por servir al público es pareja a la de ciertos ganaderos que envían al ruedo de la capital de España mulos



Un muletazo ayudado por bajo, de Vicente Fauró

poco menos que lidiabiles, útiles únicamente para los mataderos. Culpa mayor es la de la Empresa que contrata ganado de divisas posiblemente baratas, sin mérito alguno para hacer acto de presencia en el ruedo madrileño ni en otros de segunda categoría. Si en la Fiesta taurina, como en la deportiva, se ganasen o perdieran posiciones por méritos, convertidos en puntos, el domingo la Plaza de Toros de Madrid hubiera descendido a Tercera División. En Segunda, ya estaba el año pasado.

Se lidió en primer lugar un toro de Cristina de la Maza y correataron luego por la arena de la Monumental cinco moruchos de Garrido Altozano. Broncotes todos y mansos los seis en parecida medida.



Gallito Chico toreando de capa

Citemos en primer lugar, ya que fueron los dos únicos momentos buenos del lato espectáculo, los dos quites oportunos que hizo el peón Villalba, banderillero excelente y torero magnífico, que oyó los aplausos más sinceros de la tarde.

Gallito Chico estuvo más decidido que de ordinario. Bregó bien con el de Cristina de la Maza. Puso un par de banderillas muy comprometido y anduvo desahogado en el último tercio, tanto con la muleta como con el estoque. Oyó aplausos. En el cuarto ya no tuvo tanta fortuna. Bien que el muchacho estuvo voluntarioso; pero ni con las banderillas ni con la muleta pasó de regular.

Vicente Fauró toreaba por segunda vez en Madrid. El día 23 del pasado marzo tuvo la suerte de dar con un novillo de Arranz, de los que salen muy pocos al cabo de la temporada. Era la tarde de su presentación; sorprendió la soltura de su toreo con la muleta, tuvo suerte al herir y cortó una

oreja. El domingo era la figura de la terna y fracasó. Estuvo discretito en el segundo y mal en el quinto. Le gritaron. Para triunfar, necesita Fauró novillos que reúnan muchas y muy raras condiciones. De no ser así, por ahora, fracasará. Es posible que si Vicente Fauró torea muchas corridas por ruedos de poca importancia, logre penetrar los secretos del arte de torear y sepa qué hacer con reses que no sean de carril. Así llegaría a ser un torero estimable. Ahora, no; ahora necesita que todos los factores le favorezcan para aspirar al éxito.

Antes, los toreros se hacían para poder torear toda clase de toros; ahora se pretende «hacer» toros para que puedan ser toreados por toda clase de toreros. Y



La terna. Al cabo de dos suspensiones, torearon Vicente Fauró, Gallito de Dos Hermanas y Gallito Chico

es pedir demasiado a los ganaderos.

Gallito de Dos Hermanas hizo su presentación. Es valiente el muchacho. Dió la vuelta al ruedo después de matar el sexto.

Gallito de Dos Hermanas bastante hizo con estar valiente y no perder el sitio con los «novillos» del señor Garrido Altozano, novillos capaces de quitar, no el «sitio», sino el tipo al más pintado.

Pero, pese a todos los pesares, el muchacho es valiente y voluntarioso y puede, después de torear mucho por provincias, llegar a ser un buen lidiador.

Esperamos que algún día estas cosas de la Plaza de las Ventas se arreglen. Porque no es ni tan siquiera prudente que en el caso madrileño veamos constantemente «partidos de Tercera División...», porque para ver jugar a esta División los aficionados pueden ir al campo de las Delicias y evitarse el paseo a las Ventas.

Con lo que ganaríamos todos en dinero, y además no nos aburriríamos. Que no es cosa despreciable. Porque si algo malo se puede dar en la Fiesta, esto es el aburrimiento. Por esto creemos que el «caso» del pasado domingo no tendrá repetición. Tan seguros estamos de esto, que no tenemos inconveniente en decir...

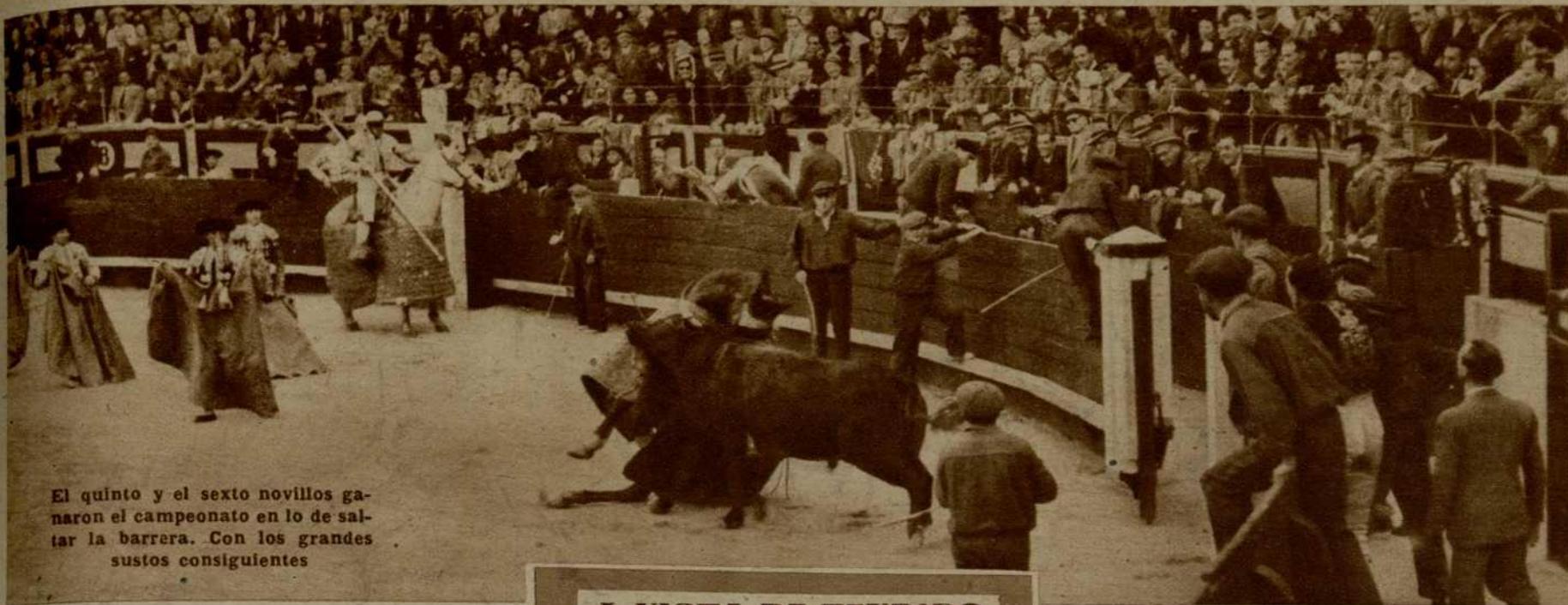
Repito mi apuesta: Lo que ustedes quieran, contra una cantidad fuerte, a que la novillada del pasado domingo resulta el festejo más aburrido de 1947 en Madrid. No se puede perder.

Porque si «aquello» se repite, ni ustedes ni nosotros necesitaremos la cantidad apostada, moriremos todos... De aburrimiento.

BARICO



Una chicuelna de Gallito de Dos Hermanas, que debutaba



El quinto y el sexto novillos ganaron el campeonato en lo de saltar la barrera. Con los grandes sustos consiguientes

A VISTA DE TENDIDO

**Novillos poco serios.—
Sustos y carreras.—
Más peripecia que
argumento.—Motivos
primaverales.—Lo que
dice el público**

FAURO y Gallito Chico van de rojo y oro, pero no se confunden. Porque Gallito Chico es muy feo y hace unos gestos muy raros y habla y manda continuamente, como si fuera un torero de verdad. Desde el primer momento, el público demuestra que no le tiene ninguna simpatía y le llama «codillero» y le dice que se parece a los «malos» de la familia. Hasta hay un chusco que hace el «kikiriki», con gran satisfacción del resto del respetable. Fauró, en cambio, es más seriecito y hasta más torero. Los que no son nada serios son los novillos. Estos mansurrones, ¡se traen una guasa!... El primero era tan grande y estaba tan bien armado, que despertó el siguiente comentario de un espectador ingenuo: «La verdad es que en la Plaza de Madrid se hace uno un lio. Cuando sale un novillo, parece un toro, y cuando sale un toro, parece un novillo... El quinto y el sexto ganaron el campeonato en lo de saltar la barrera. Lo hicieron de muchas maneras y estilos. De golpe y por sorpresa, o lentamente y estudiando el brinco. Apoyándose en las manos o en las patas. Dando y no dando quehacer a los carpinteros, y sobre todo, propinando a los del callejón los grandes sustos, que son siempre el número cómico inevitable de las corridas. Cuando la gente se marcha a casa sin haberse podido reír del miedo que pasan los que están entre barreras, sufre una subconsciente decepción. La fiesta no resulta completa.

Además de las «gracias» antedichas, el último novillo mostró la más extraña reacción ante las inyecciones de palo y acero que le pusieron los de a caballo. En lugar de dar la espantada pura y simple, como cumplía a su condición de manso, daba la media espantada, la espantada de ida y vuelta. Huía y volvía luego de través, para derribar sin ser herido. Antes se decía de estos bichos que «sabían latín». Hoy se podría decir que aprobarían el examen de Estado.

En general, la lidia se pone pesada, y se atiende más a la anécdota que a la categoría: más a las peripecias que al argumento. Por

ejemplo, cuando a un novillo se le queda el capote de un peón encima del lomo, todos se dedican a greguerizar sobre lo que parece o lo que no parece la res con qualdrapas. Y hay quien acierta de veras al decir que se ha disfrazado de mesa-camilla. Cuando los monosabios desnudan de peto y montura a los caballos tumbones y aparece al aire la increíble orografía de la osamenta, estallan las risas, y los pencos abandonan el ruedo escoltados de carcajadas zumbonas. Alguno intenta eruirse y enderezar el torcido paso, levantando el delgado y largo cuello y la cabeza, libre de la venda cegadora, como diciendo: «¡Caballeros: que no es para tanto! En las norias los hay mucho peores...» Y a todo esto, ya ha pasado el momento malo de Gallito Chico, que fué aquel en que se empeñó en saludar desde los medios, a pesar de los pitos. ¡Qué gran error!... Los novilleros incipientes deberían leer un libro de Sighele que se llama «La psicología de las mu-

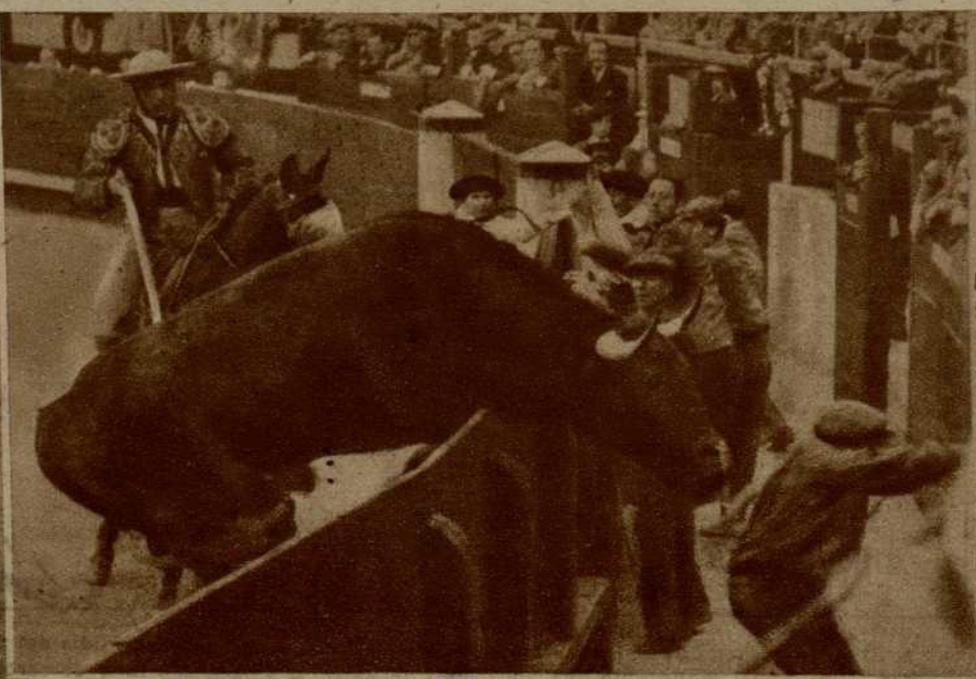
chedumbres». Se evitarían muchos disgustos, palabra.

Hay un vendedor de bombón helado que anuncia su mercancía diciendo la larga marca de la fábrica: «De la Compañía Industrial de Productos Alimenticios»... Y muchos espectadores llegan retrasados y se pierden el primer novillo, por lo cual toda la Plaza se llena de conversaciones en torno al servicio del «Metro»... Cruza, plateado y alto, un avión, y el coso se estremece con un rumor de gran caracola. De pronto, porque no hay que olvidar que estamos en Primavera, se llena el aire de mariposas blancas. Son los únicos pañuelos que piden la oreja, o, acaso, mejor, monumentos poéticos y efímeros, dedicados al recuerdo de aquel quite inolvidable que inventó Marcial, el señor concejal, a quien, por cierto, le han brindado uno de los novillos.

Abundan también los comentarios en torno al ritmo demasiado rápido de los lances del novillero: una antología variada, de la que elegimos el siguiente juicio: «Se ve que este chico tiene el motor muy bien engrasado»... Pero, como antes se ha insinuado, la mayor parte de la atención y de la palabra de los aficionados se dedica a las reses.

El espectador sentado al lado nuestro pasó toda la novillada preocupadísimo porque los bichos no abrían la boca ni a la de tres ni a la de ninguna. Todo se le volvía exclamar: «¡Han visto ustedes qué cosa más rara!...» Un peón vestido de verde rodó varias veces por el suelo. Es malo recordar a los toros el color del pasto fresco de la dehesa. Se excitan demasiado. Y puestos a mencionar excesos, también hay que decir que es abusivo que una novillada dure casi tres horas. ¿No les parece?

ALFREDO MARQUERIE



Después se empeña en poner un par de las cortas

Las inyecciones de palo y acero... (Fotos Baldomero)

El lápiz en "El Ruedo".— La novillada del domingo, por Antonio Casero



ANTONIO CASERO

1. El quite que un banderillero hizo a Rosalito al caer éste, durante la lidia del primer toro.—2. ¡¡Qué batacazos se dieron los picadores! Toros con poder...—3. Aquel monosabio que voló sobre la barrera, perseguido muy de cerca por el quinto toro.—4. Y aquellos saltos del sexto, que pusieron en franca huida a los clientes del callejón...

AIRES DE CÓRDOBA

MANOLETE SE RETIRARÁ DEL TOREO EN EL AÑO 1948

Toreará en España únicamente doce o catorce corridas, a beneficio de instituciones de caridad



Manolete, según su banderillero Cantimplas, se retirará de los toros el año que viene



Las gafas negras ocultan la verdadera fisonomía popular del banderillero y primo hermano de Manolete, Rafael Saco, Cantimplas (Fotos Ricardo)



Cantimplas, siempre elegante, sale de su casa de Santa Marina, barrio taurino de Córdoba, a contar a sus amigos sus cuitas por tierras de América

HABLA CANTIMPLAS A SU REGRESO DE MEJICO

NOS hemos reunido en la trastienda del popular establecimiento cordobés de don Juan Aroca Avila —bien conocido de todos los toreros—, para hablar de toros. En la reunión íntima, un grupo de aficionados de solera y de profesionales del arte taurino: Juanito, el hijo del dueño de la casa; Rafael Díaz, el Manchego, primo de Manolete; Rafael Saco, Cantimplas, primo también y banderillero de la cuadrilla del cordobés, y Marcelo Moreno, Tarik de Imperio, apoderado que fué del Cantimplas novillero y hoy mentor de su hijo, Pepe Moreno, Joselete, otra promesa de la Fiesta recién refoñada en Córdoba.

Estamos frente a Rafael Saco Rodríguez, Cantimplas, el hijo de aquel gran artista del capote y los rehiletes de la cuadrilla del maestro de Gelves, que se llamara Manuel Saco de León y usara el mismo apodo.

El aficionado de hoy quizá no recuerde a aquel Cantimplas becerrista y novillero de fama de los años 1914 al 1931. Pero sí tiene noticias de éste que figura en la actualidad a las órdenes de su primo y paisano Manuel Rodríguez, Manolete. Este —y aquél— está ante nosotros para responder a varias preguntas, que, a su regreso de América, vamos a hacerle para los lectores de EL RUEDO.

ALGO DE HISTORIA

Este lidiador cordobés fué un buen artista, sobre todo con el capote y banderillas. Pero no le respondió el corazón —¡picaro corazón torero!— para seguir en la lucha. Y subalterno fué, como su padre.

—En Valdepeñas —nos dice— toreé en 1931 mi última novillada, con bichos de Celso Pellón, y de compañeros, Ricardo L. González y Antonio de la Haba, Zurito. Después fui de banderillero con Zurito durante la temporada de 1933. El 34 me coloqué con Venturita, y en este cuadrilla permanecí hasta 1936. Desde 1937 hasta la fecha he venido actuando a las órdenes de Manolete.

—¿Y no hiciste nunca otro viaje a Méjico?

—Mi única salida profesional fué a Brasil, en el invierno de 1932 al 33, con Zurito. Toreamos seis corridas. Hasta ahora no tuve ocasión de volver a salir de España.

LO QUE VA DE AQUELLO A ESTO

—¿Qué impresiones puedes darnos de Méjico en el aspecto taurino?

—Mis impresiones son francamente buenas. Hay mucha afición por allá. Y mucha pasión, también. Son muy de los toreros de la tierra. No obstante, tienen para nosotros, los españoles, toda clase de admiraciones.

—¿Y en cuanto al elemento toro?

—El toro allí lo he encontrado algo más «hecho» que en España. Pero también con menos genio, más mermado de casta.

—¿Hay en Méjico buena cantera de subalternos?

—Escasos andan los subalternos destacados. Los hermanos de Armillita, Juan y Zenaido Espinosa, y el Güero Merino, mi compañero de cuadrilla allá, tal vez sean los más notables. En cuanto a picadores, Felipe Motta, que actuó con nosotros, y el Güero Guadalupe, que perteneció a la cuadrilla del español Marcial Lalanda.

—¿En qué sentido manifiesta Méjico su admiración por tu maestro Manolete?

—En todos los sentidos. No le dejan andar por la calle, ni frecuentar los lugares de reunión. Además, las peticiones de autógrafos llegaron a tomar tan alarmantes caracteres, que Chimo hubo de encargarse un sello de caucho con la firma del espada. Durante el día, Chimo recibía las peticiones, y las noches las empleaba en hacer las dedicatorias «a su modo» y a sellarlas después con el auxilio de un tampón. Con este procedimiento, Manolete pudo estar relativamente descansado en esta faceta admirativa.

LO QUE TOREARON Y LO QUE DEJARON DE TOREAR

—Durante toda la campaña, ¿en cuántos festejos tomaron ustedes parte?

—En veintidós, en total: en Lima, cinco; en Méjico (capital), seis, y en diversos Estados, once.

—Por el contrario, perdieron ustedes...

—Una por suspensión y doce por el pleito; cinco en la Plaza de los Deportes, una en Matamoros, otra en Irapuato y cinco en Colombia.

—¿Y cuál ha sido, a tu juicio, la mejor actuación de Manolete?

—Muchas ha tenido dignas de recordarse. Pero yo no olvidaré nunca la de la tarde que resultó cogido, el 19 de diciembre, actuando con Garza y el Calesero. El toro, a causa del viento, le cogió para matarlo. Y Manolo se deshizo de los que querían conducirlo a la enfermería y siguió toreando en el mismo terreno, para matar al bicho de una colosal estocada.

—¿Esto es lo que más fuertemente recuerdas?

—Esto y las manifestaciones del público en favor de España. Los vivos a nuestra Patria y a

Córdoba acompañaban casi siempre las actuaciones de Manolo. Esto nos hacía emocionarnos y recordar aún más la tierra lejana, la esposa y los pequeños. Figúrate: yo que me dejé atrás mis siete chavales...

EL PLEITO Y UNA ANECDOTA

Preguntamos ahora a Cantimplas sobre la impresión que les causó la noticia de la ruptura de relaciones taurinas con Méjico.

—Fatalmente —nos contesta—. Ten en cuenta que nos perjudicaba mucho esta paralización de relaciones. Más que a nadie, a nosotros, los subalternos. Es éste un asunto enojoso, que yo espero que tenga, para bien de todos, el oportuno arreglo.

—¿Quieres, ahora, Rafael, referirnos alguna anécdota de este tu primer viaje a Méjico?

—Recuerdo una que tuvo cierta gracia. Estaba yo con Manolete en una reunión, cuando un señor, dirigiéndose a mí, me dijo: «¿Usted es Cantimplas?» Yo, que tenía un par de copitas, me sentó aquello tan mal, que le contesté: «Cantimplas es un actor cómico; yo soy un torero, y me apodo Cantimplas.» Y si no nos separan, le cuesta cara al tal la confusión. A Manolete le hizo mucha gracia mi «salida», y a costa de ella reímos de lo lindo. Te advierto que en esto de mi apodo ha habido confusiones. Una Empresa, creo que la de Ciudad Juárez, me anunció «Cantimplora» en los carteles.

SUS PROYECTOS Y... ¡UNA NOTICIA BOMBA!

—Cuéntanos, para terminar, algo de tus proyectos futuros.

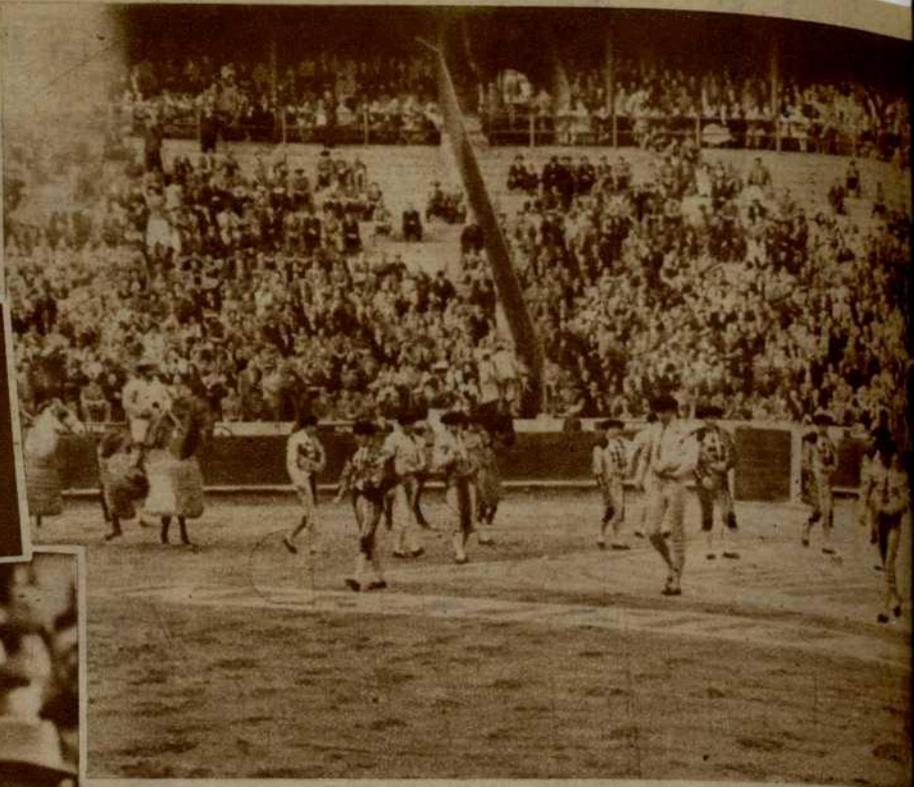
—Por ahora, mis proyectos son los de mi matador. Creo que no torearemos hasta el 24 de junio, en Barcelona. Después de ésta, cuarenta, cincuenta corridas... Y al final de la temporada, a Méjico de nuevo, es decir, si el pleito se arregla. Y para 1948, al regresar de allá, Cantimplas se irá de los ruedos. No quiero torear después de que mi maestro se retire...

—¿Pero es que Manolete va a irse de los toros para esa fecha?

—Ese es su proyecto, que puedo yo decir rotundamente, porque me lo tiene comunicado. En 1948, Manolo organizará por su cuenta doce o catorce corridas en diferentes capitales españolas. Las toreará gratis, a beneficio de instituciones benéficas. Y requerirá, gratis también, la colaboración en la obra de otros compañeros. En Barcelona actuará en una gran corrida, que tiene el propósito de organizar a beneficio de su cuadrilla. Ese ha de ser el final taurino de Manuel Rodríguez, Manolete. Y desde el momento en que mi primo abandone los toros, yo no vuelvo a vestirme de torero. He luchado mucho en los ruedos. Ya no soy ningún niño, y, sobre todo, que he prometido no torear más que junto a este espada, con el que he actuado por espacio de cerca de diez años... — JOSE LUIS DE CORDOBA

En la Monumental de Barcelona, los toros de don Rogelio Miguel del Corral dieron un promedio de 306 kilos

El cuarto fué de Benítez Cubero, y los matadores, Gitanillo de Triana, Pepín Martín Vázquez y Parrita



Rafael Vega de los Reyes, Pepin Martin Vázquez y Parrita hacen el paseo en la corrida celebrada el domingo en la Plaza Monumental de Barcelona. Fué la única corrida de toros que hubo el domingo en España



A la fiesta asistieron los oficiales del buque filipino «Haleakala», donde han llegado un grupo de repatriados españoles y pasajeros que vienen a nuestra Patria en viaje de turismo



Gitanillo de Triana carga la suerte en una verónica



Un valiente y artístico pase natural de Rafael Vega de los Reyes



Los toros de don Rogelio Miguel del Corral tuvieron esta estampa

INSTANTANEA

PRESENCIA y PO

(De nuestro colaborador)

NO veas, lector, en estas líneas una crítica, ni una reseña, sino una instantánea, que solamente recoge la impresión dominante, la nota que resalta, la faena sugestiva, la mención del torero que descuella, el lance que conmueve, la expresión emocional de un momento determinado o la vibración más fuerte que la Fiesta tuvo. Así, pues, señalaré en ellas aquello que ofrezca algún interés bajo cualquier aspecto, lo que seduzca, lo que apasione, lo que acuse un fuerte matiz o lo que recoja mejor la retina, porque, en fin de cuentas, no vale la pena mencionar lo que ya está olvidado al salir de la Plaza.

En esta corrida barcelonesa del día 13 —Gitanillo de Triana, Pepe Martín Vázquez y Parrita, con toros de don Rogelio Miguel del Corral—, las chispas más fuertes que salieron del yunque fueron las de las reses, poderosas y muy bien presentadas. Véase el peso que dieron en canal: 301, 310, 272, 285, 321 y 351 kilos (aclaremos que el cuarto toro fué de Benítez Cubero), y un promedio de 306 y pico no es tormana corriente.

Pero bueno será advertir que, aunque ofrecieron

El director de «La Voz de Manila», don Bienvenido de la Paz, a quien Gitanillo de Triana brindó. Le acompaña en la barrera el presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona



Un buen pase de Pepín con la derecha



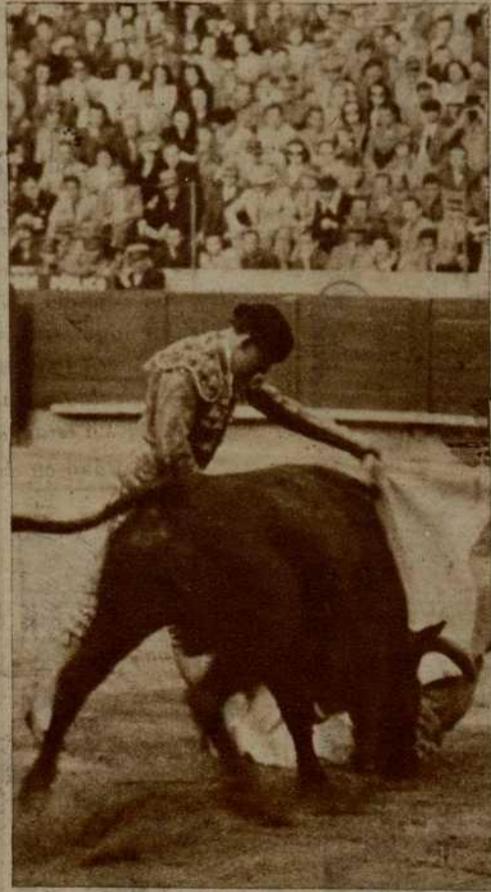
Pepín Martín Vázquez, que logró su mayor lucimiento en su faena al quinto toro



Un puyazo de Relámpago



El mayoral de la ganadería es aplaudido por el público



Parrita dió a sus dos toros buenos lances de capa

Parrita tanteando en el ayudado por alto a uno de los del señor Miguel del Corral

(Reportaje gráfico de Valls)



LA BARCELONESA

PRESENCIA del TORO

bravura en conjunto —no sin ciertos lunares—, crecieron al final de la embestida necesaria para hacer el toreo que hoy está en boga. Solamente flotaron en la Plaza vapores de optimismo viendo realizar a Gitanillo su faena con el cuarto toro (el de Benítez), en la que puso valentía y arte —singularmente en tres tandas de pases naturales con la zurda—, y al saborear la gracia, el doñaire y el buen gusto con que Pepe Martín Vázquez aderezó su labor con el quinto.

La corrida, en suma, fué bastante mejor para el ganadero —el mayoral oyó muchos aplausos— que para los lidiadores.

Y mencionadas aquellas dos faenas de muleta, así como la presencia y la potencia de los toros, bien podemos olvidar lo demás. No eran unos astados mecánicos que pasaran solos, sino que había que obligarles, y con un ganado que no permite fácilmente la práctica del estilismo a trompa y talega, no hay nada que hacer en estos venturosos tiempos de la res docilona y suave.

Mal asunto, don Rogelio, si no «construye» usted unos bichos aptos para una lidia así.

DON VENTURA

PEDRO ROBREDO, LA MAXIMA FIGURA DE LOS NOVILLEROS



Pedro Robredo, el mejor novillero de estos tiempos, va camino de la alternativa. Por su extraordinario éxito el pasado domingo en Zaragoza, el novillero bilbaíno vuelve a torear el próximo domingo en la misma Plaza. Robredo es el novillero que más corridas lleva toreadas esta temporada, lo cual indica que es el novillero de máximo cartel.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEÓN

FORZOSAMENTE se tiene que volver sobre lo escrito una y cien veces. Hasta ahora, nadie sería capaz de explicar a los aficionados madrileños el «porqué» de su desgracia. Vanamente intentan averiguar, a la vista del cartel de cada domingo o a la falta de cartel cada jueves rotundamente primaveral, las razones por las cuales el bellissimo coso de las Ventas está equiparado a la última Plaza redonda de cualquier pueblo de España.

El silencio de los diestros ante las acusaciones de que se les hace objeto, por suponer que rehuyen actuar en la Plaza de Madrid, se interpreta como tácita conformidad con tales acusaciones; pero creo que no se debe juzgar con tanta ligereza. Hay que comprobar primeramente si los diestros son requeridos y en qué condiciones son requeridos, porque lo lógico es suponer, por ejemplo, que todos los que arrostran torear en la feria de Sevilla —en abril, con ganaderías de fuste y ante un público entendido y exigente— no tienen por qué rehuir la Plaza madrileña. La prueba, a la que, además, asisten casi todas las Empresas de España, no es allí menos dura.

Desaparecido el abono, y aceptado, con sus innegables ventajas para el público, el carnet de reserva, la Empresa, desde el año treinta y nueve, se considera relevada de la obligación de ofrecer de antemano una serie de carteles definitivos que puedan situar al público y a la Prensa ante su actuación y ante la de los diestros. Es muy cómodo decir que no se puede, cuando nadie, por lo visto, puede obligar a que se explique por qué no se puede, y se llega, a poco que se piensa, en que la verdad es que no se quiere.

Ya soportamos el domingo pasado una novillada —en el segundo domingo de abril!— con unos moruchos cuya procedencia sería muy difícil explicar, y esto se hacía para repetir al madrileño Vicente Fauró, que había cortado una oreja en el día de su presentación. Un mínimo de escrúpulo habría inducido a la Empresa a realizar esa repetición con novillos de una ganadería solvente. Pero esto no importaba a sus más inmediatas aspiraciones, puramente económicas, de llenar la Plaza, y el reciente éxito del madrileño, en complicidad con la brillante primavera, eran suficientes para conseguirlas.

El lunes último, en la revista *Sangre y Arena*, de Radio Nacional de España, Manuel Martínez Remis comentaba así, en coplas, la novillada del domingo: *Cuenta la Empresa gozosa—el entradón y a otra cosa... Ondeá gentil la bandera.—¡Ya estamos en primavera!—El sol nos convierte en caldo.—Salen los toros..., un saldo.—La afición sigue en la higuera.—¡Ya estamos en primavera!*

Esta verdad en coplas es la verdad en prosa llana. Nadie puede creer que todos, absolutamente todos los diestros se nieguen a venir a Madrid. Alguien que pueda debe decir a la Empresa, nada más que a la Empresa, la última copla de las que Martínez Remis dedicó a la novillada del domingo pasado, muy parecidas, sin duda, a las que le tendrá que dedicar el próximo:



*¿Hasta cuándo, señor mío,
este festejo sin brío,
sin garbo y gracia torera?
¡Que no es mucha primavera!*

CORRIENTEMENTE, la atención del espectador taurino suele centrarse solamente en toros y toreros, olvidando otros factores que, al parecer, secundarios, tienen, sin embargo, bastante más importancia de la concedida por el público.

La maquinaria de la fiesta está compuesta de numerosos engranajes perfectamente acoplados, los cuales, en conjunto, hacen que aquélla marche con la mayor precisión hacia su objetivo primordial: la normal y ordenada lidia en todos sus aspectos o tercios.

Puede darse el caso que alguna rueda no vaya a veces al compás, se retrase o adelante, cumpla deficientemente su cometido o acuse defectos más o menos graves. Pero lo interesante es que, si no con la deseada perfección —por ser prácticamente imposible—, siga marchando. «¡Viva la gallina...!»

Lo peor es que cualquier rueda del aparato taurino cese definitivamente en su función, sin posibilidad de compostura, reforma o sustitución. Tal es el caso que pudiera darse dentro de muy pocos años con esa pieza fundamental en la fiesta, como son los caballos empleados para la suerte de varas.

Ni toreros, ni picadores, ni empresarios, siendo ellos los más afectados por el asunto, se han preocupado de las dificultades con que se tropieza actualmente para encontrar caballos con las condiciones exigidas por el Reglamento. Y no cabe duda, examinando detenidamente la cuestión, que el problema pudiera representar grave quebranto para la fiesta. Sencillamente, podría acarrear la desaparición del primer tercio de la lidia.

No es un secreto para ningún entendido que el ganado caballar va reduciéndose sensiblemente de año en año, y que el descenso, como es natural, repercute también en el espectáculo de toros.

Tres motivos esenciales influyen poderosamente en la actual escasez de caballos: baja producción, sacrificio para el consumo y nula, o casi nula, importación.

A consecuencia del alto precio adquirido por el ganado mular, la producción equina ha descendido, en estos últimos diez años, de forma alarmante, y lógicamente, el propietario de una yeguada prefiere aparearla «al contrario», porque la cría le vale en cualquier momento mucho más que el potro de mejor raza.

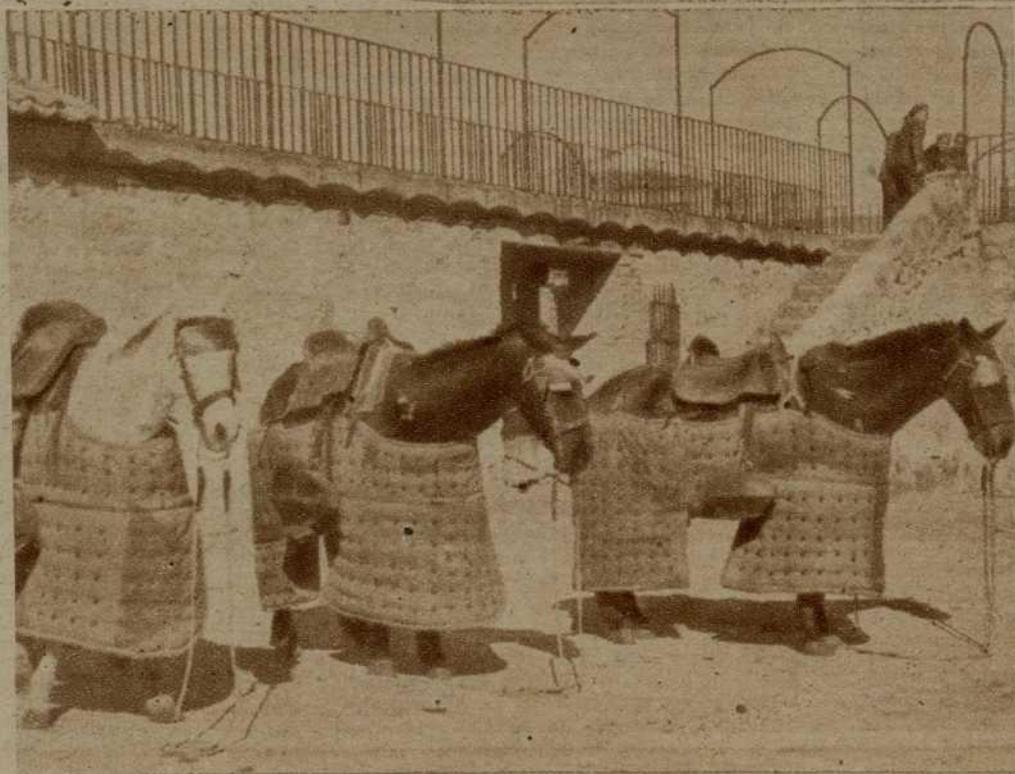
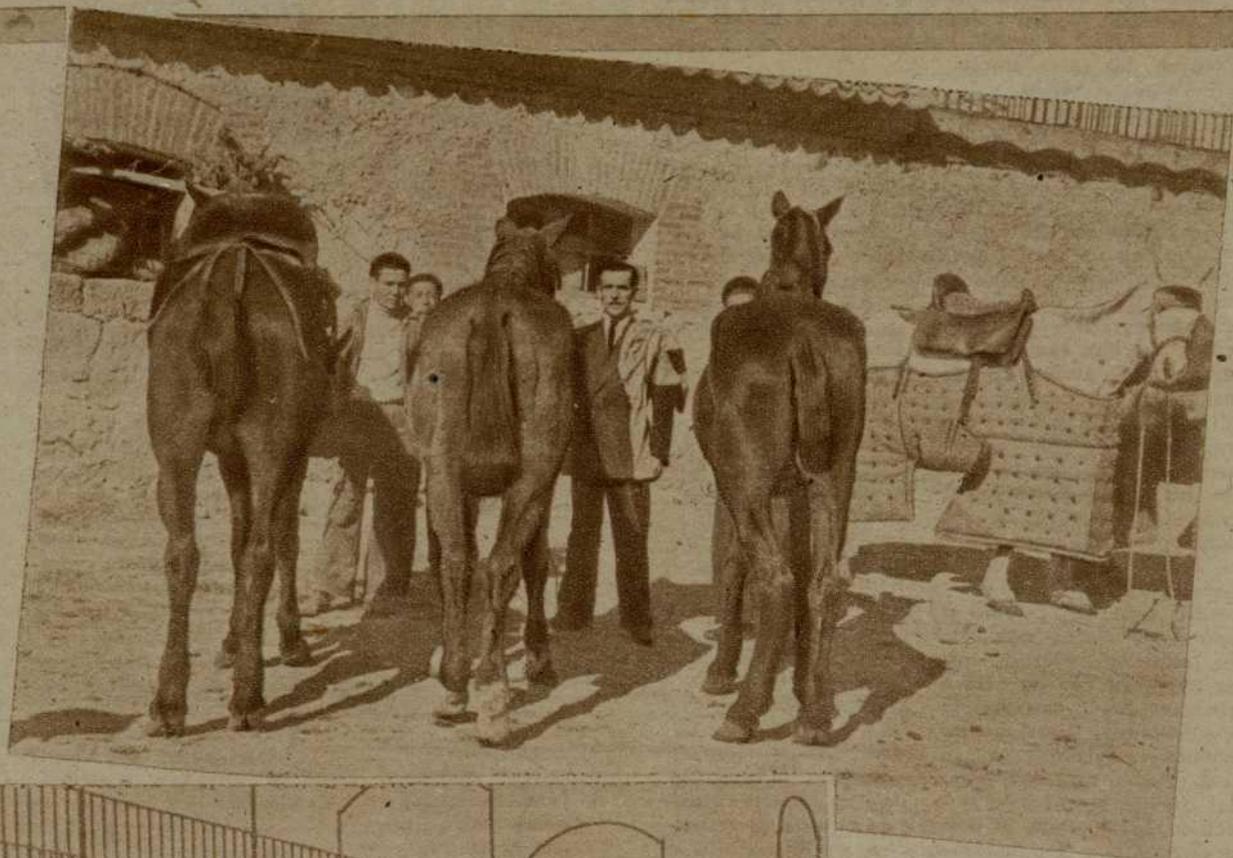
Hace poco, en estas mismas acogedoras columnas de **EL RUCO**, y en artículo interviu del veterano Don Justo con el contratista de caballos Basilio Barajas, esbozaba éste la probabilidad de que en no lejano tiempo haya necesidad de prescindir de la suerte de varas por no encontrarse caballos para estos menesteres. Y no le faltaba razón en su aserto.

Otro antiguo picador, hoy igualmente contratista de caballos, Anastasio Oliete, Veneno, abundó en idénticas manifestaciones al referir al que esto escribe la peregrinación, las molestias y los gastos cuantiosos que supone el presentar en una Plaza los animales indispensables. Todo ello sin contar las pérdidas experimentadas en las cuadras, principalmente en los viajes, donde muere un porcentaje de caballos mayor al que cae en los ruedos, como asimismo los animales inútiles o dañados por contusiones internas, a los que, para abreviar su sufrimiento y agonía, es preciso apuntillar, sin que el público lo vea, en el patio o corrales de la Plaza.

Hace un par de lustros no era difícil el negocio. En las ferias podían adquirirse caballos

UN IMPORTANTE PROBLEMA

LA ESCASEZ DE CABALLOS PARA PICAR



Estos caballos que no hace muchos años valían en cualquier feria veinte o treinta duros cada uno, es difícil adquirirlos hoy día por su escasez. Y cuando se encuentran, hay que pagar por cada animal de tres a cuatro mil pesetas, sin reparos ni exigencias por parte del comprador.

Gracias al peto, como al escaso poder ofensivo de los toros actuales, puede irse solucionando de momento el asunto de los caballos para picar. Se rebajó oficialmente el número de caballos que previene el Reglamento a tres por toro —prácticamente, casi todas las Plazas toleran que sean dos—; pero es también necesaria la dispensa de algunos defectos, siempre que no se contraigan éstos a la alzada, resistencia o enfermedad contagiosa. Porque de otra forma, el problema pudiera ser grave.

illos con buena doma, embocados y resistentes, por veinte o treinta duros. Y era fácil su importación del Mediodía francés o del vecino Portugal. Mas ahora —entre el sacrificio para el consumo, el no poderse importar y la baja producción— supone un triunfo extraordinario dar con jacos útiles para picar. Caballos que, además, cuestan de tres mil a cuatro mil pesetas cada «ejemplar», siendo solicitadísimo para las faenas del verano, y por los que infinidad de labradores pagan mayor precio del que pueden satisfacer los contratistas. Y el adquirir uno a uno estos viejos y matabnes pencos, y el reunirlos después representa un sacrificio económico, pues requiere la presencia del comprador en todas las ferias de ganado, con el consiguiente desembolso y gastos de transporte. Y hay que comprar lo que se ponga a tiro, sin discusión ni regateo: igual el caballo con doma que el que carece de ella, porque no existe donde elegir.

No es tan baladí, como a primera vista parece, este aspecto de la fiesta. Si por cual-

quier circunstancia llegara el día en que no fuera posible celebrarse una corrida por falta de caballos o se diese sin ellos, nos daríamos cuenta exacta de la importancia que tienen.

Somos, pues, partidarios en este punto de cierta tolerancia. Tolerancia por parte de la Autoridad, veterinarios y picadores. Ni exigir dieciocho caballos para una corrida de seis toros —en la que a lo sumo mueren uno o dos— ni pedir —como cuando sobran animales— que estén perfectamente domados, den el paso atrás y el costado, etc., porque hoy día, por las razones apuntadas, es francamente imposible hallar caballos con todas esas condiciones.

Con que tengan, la alzada reglamentaria, una regular doma, la resistencia suficiente y no presenten síntomas de enfermedades contagiosas, creemos útiles la mayoría de los caballos. Ya está bien en estos tiempos presentarlos, aunque posean otros defectos, con los requisitos citados. Porque, indudablemente, peor sería para la fiesta el tener que prescindir de los mismos en las corridas. —AREVA

¿POR QUÉ, POR QUÉ TEMBLAR...?

ENTONCES, ¿usted no admite que los toreros tengan miedo?

—¿No he de advertirlo, si lo han confesado y pregaldado hasta los diestros que, con merecidísima fama de valientes, han pasado a la historia del toreo? Admito el miedo en los toreros, claro está. Pero en dos casos únicos.

—Vamos a verlos.

—Cuando suena el clarín para que salga el toro. Es un miedo admisible y permisible, porque es un miedo metafísico, un temor hesitativo...

—¿Cómo, cómo...?

—De duda..., de no saber lo que va salir al ruedo... Y aun ese temor, muy atenuado, porque todo espada llega a la arena informado hasta el detalle del trapío, arrobos, antecedentes y circunstancias de sus enemigos, cuyos datos le aportan minuciosamente el apoderado y los subalternos que han estado en el sorteo y los amigos officiosos «que también estaban allí». Pero, así y todo, doy por justificado ese remosqueo ante la incógnita. Porque no es lo mismo ver al toro en los corrales, que cuando irrumpe en el anillo.

—Bien; ése es uno de los casos. ¿Y el otro?

—El otro es cuando el torero, por bueno que sea, por sabio y valeroso que sea, tropieza con un toro a «contraestilo»: con el toro de condiciones —malas condiciones— extrañas a su modo, con el toro de estilo desconocido. Es la incógnita que se le plantea al hombre de ciencia insopechadamente. Pero el hombre de ciencia la resuelve tranquila y reposadamente en su laboratorio o en su despacho. Y si se cansa, reposa. Y si vacila, consulta textos... Pero el torero ha de resolver el problema allí, sin mengua para su calidad y con riesgo de su vida. Está justificado el miedo. El pánico, nunca; porque debe tener prevista esa posibilidad. Pero el miedo, sí. Y luchar con el toro y contra el miedo. Y aquí terminan mis concesiones.

—Pues muy mal terminadas, porque existen más justificaciones de ese estado de ánimo en los lidiadores.

—Vengan.

—Sí, señor; en seguida. Por ejemplo: el estado físico. No pueden salir a la Plaza con ánimo parejo el torero en su plenitud de ánimo y de fortaleza y el que se encuentra enfermo o indispuerto...

—Evidente. Pero es que el torero que se encuentre enfermo o indispuerto no debe salir a la Plaza. Que si el amor a sus intereses debe ser grande, el respeto a los del público, y a su propio arte, debe ser mayor.

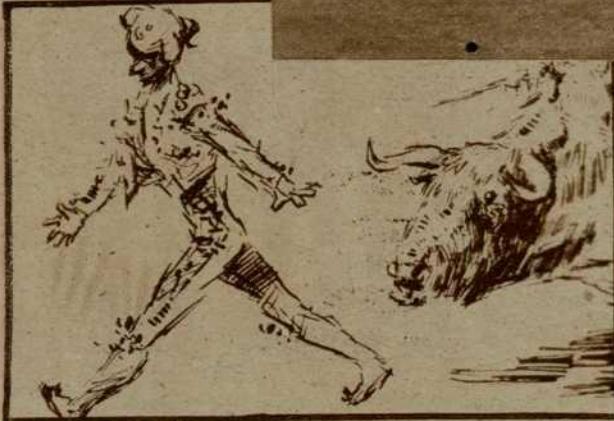
—Vamos a admitirlo.

—Naturalmente!

—Aun hay más casos.

—Vengan.

—El del torero que figura en una terna y se encuentra con que el primer toro manda a la enfermería a sus dos compañeros. ¿No es natural que



sienta, aunque solamente sea por responsabilidad, ese temor a despachar el solo una corrida en la que unicamente en la tercera parte iba a actuar?

—Menos natural que nunca. La profesión del toreo impone y exige muchas condiciones y cualidades hoy desdeñadas. Entre ellas, dos funda-

mentales: fortaleza física y fortaleza espiritual. A Juan Belmonte le ha faltado, casi siempre, la fortaleza física; pero su bagaje de espíritu ha superado la merma. En un caso como el que usted cita, el torero de verdad, al margen del sentimiento penoso por el percance de los compañeros, debe alegrarse. Nunca se le presentará ocasión más propicia, ni más amplia, para dejar patentes su clase y su valía y su valor. Y para probar el valor, no hay antídoto como el miedo. Torero que en tal situación sienta que el miedo es superior a su alegre esperanza, debe renunciar fulminantemente a su arte y dedicarse a comisionista de ungüento óleo-calcáreo.

—Me parece que exagera usted.

—Verá cómo no.

—¿Es que no admite usted que en toda profesión donde se arriesga la vida se sienta miedo?

—Que se sienta, sí; pero que se domine y no se muestre. Sean ejemplo las acrobacias circenses, sin red. Que, en materia taurina, la red equivale a pitones limados, becerrotos vestidos de toros y toros previamente derrengados para que no pasen de la fuerza, resistencia y potencia de los becerrotos. Pues si en cualquier circo, y puesto a presenciar el ejercicio del máximo riesgo, ese ejercicio que va precedido por un sostenido redoble de tambor «Morso» que taladra el silencio angustioso del público, viene usted al artista que, trepando por la cuerda, o a punto de asirse al trapecio o ya agarrado a él, temblaba, se encogía, plañía, se desorbitaba, descendía, intentaba de nuevo la subida y terminaba derrumbándose sobre el tapiz de la pista en cuanto la pisaba bajo la impresión del pánico, ¿no lo sancionaría con su repulsa más tudente? ¿Volvería usted al circo cuando anunciase a tan medroso y decepcionante sujeto? No. Evidentemente, no. Rotundamente, no.

—¡Clarísimo! Como para que ante uno de esos vergonzosos espectáculos, deprimentes y decadentes de nuestra brava —no lo olvide usted—, brava Fiesta, gritásemos todos los espectadores a coro las frases iniciales de la romanza de Simón en «La tempestad», de Chapí, gloriosándolas socarronamente:

¿Por qué, por qué temblar?
Si el toro te da miedo,
retírate a tu hogar!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

Las corridas radiadas

UNA corrida radiada nos da idea de lo que está ocurriendo en el ruedo? La cosa se las trae. Es algo así como la retransmisión de un ballet. El locutor dice: "En este momento la bailarina, que va vestida de mariposa, eleva sus brazos, los agita, alza la pierna derecha, mientras se mantiene en el suelo con la punta del pie izquierdo. Es que la mariposa ha visto un clavel, que es un bailarín que se balancea como si lo meciera la brisa, y se dirige a él a saltitos cortos, sin dejar de alinear sus brazos, o seáse sus alas." Muy bien. Esto está muy bien. Pero hay que tener mucha imaginación para figurarse la escena coreográfica, al tiempo que contemplamos una pared decorada con un grabado que representa a la emperatriz Eugenia en la inauguración del Canal de Suez. Con las corridas radiadas ocurre lo mismo. El locutor chillá: "El Fulano se dirige al toro, que está escarbando en los tercios del 3. Le cita. El toro deja de escarbar. El torero avanza. Un natural. Otro. Otro. Otro. Otro." Como ahora se dan tantos naturales, el locutor no tiene tiempo de decir cómo son estos naturales, sino de enumerarlos conforme se van produciendo, y en cuanto el toro le deja un respiro, para respirar él asimismo, ahogado con tantos naturales, es cuando suelta el chorro de las hiperboles: "La tanda de naturales ha sido magnífica, magna, soberbia, color..." Y no puede terminar. "Pero el Fulano acaba de dar un pase de peso que rianse ustedes de... El toro prende por un muslo al Fulano, le derriba; los peones acuden al quite. El Fulano se levanta un poco despeinado y algo pálido; sin mirarse, vuelve a la cara del toro y se lia con él en una serie escalofriante de ayudados por bajo."



No. Por mucha que sea la habilidad, pericia y facilidad de palabra del locutor, no podemos representarnos el dramatismo de la cogida ni la magnificencia y ecétera de la tanda de naturales. Una corrida radiada es como si viéramos representar *La vida es sueño* por sordomudos. Por muy buena que sea su mímica, nos quedamos en ayunas de lo que allí sucede. Por muy buenas que sean las palabras del locutor y sus dote descriptivas, no podemos más que entrever lo que está sucediendo en el ruedo.

Nunca había oído una corrida radiada. Dias pasados, Jaime Marco, el Choni, y su apoderado, Cristóbal Becerra, tuvieron la amabilidad de invitarme a escuchar la radiación de la corrida en la que se presentó en Méjico con rotundo éxito el buen torero valenciano. Nos sentamos en cómodos sillones de un saloncito de pruebas cinematográficas. Un camarero nos servía golosinas y copas de vino. La cinta radiada empieza a desarrollarse. Tenemos por horizonte el lienzo blanco del pequeño cine. El locutor mejicano nos va describiendo el paseo de las cuadrillas. Sale el primer toro, y el hombre se desganita. Cuando lo permite el reposo de la lidia, todo va bien, y hasta se le escapan flores retóricas y frases rutilantes; pero en cuanto el matador torea, aquello es una catarata de palabras, dichas a velocidad increíble, que nos hacen adelantar la cabeza, como si las orejas pudieran ser redes que las aprehendieran. Inútil pretensión, pues la riada palabra nos anega y sólo percibimos claramente el final de la avalancha oratoria, la ovación del público, esa cosa monstruosa que es una ovación radiada, y que nos llega como el ruido de un motor descompuesto.

El primer toro que mató el Choni en Méjico tenía este extrañísimo nombre: Lotería Nacional. El locutor lo utilizaba frecuentemente de parecida manera: "Y Lotería Nacional acude un poco borrachito a la muleta del valenciano, que le espera con esa su sonrisa contagiosa que tan pronto ha prendido en los tendidos. Lotería Nacional se sale suelto de los primeros muletazos del Choni. ¡Ah! Pero Lotería Nacional tiene casta. Lotería Nacional se cree. Lotería Nacional es noble."

Por lo visto, en Méjico se radian todas las corridas. Y ¿quién las oirá? No me lo explico. Por esta razón: sólo siendo un buen aficionado se puede percibir una de lo que está pasando en el ruedo, transmitido a voces; pero, en este caso, no se concibe que el buen aficionado, a no ser que esté con gripe, se haya quedado en casa y prefiera oír a ver la corrida. Y si no es aficionado el que escucha, no se enterará absolutamente de nada. Así, mi voto es contrario a las corridas radiadas. Una corrida se puede criticar, pero no se puede describir. Y mucho menos pase a pase e instante por instante. El que no tenga dinero o humor para asistir a una corrida, que se resigna a conocer su resultado por las reseñas periodísticas, de las que ni mucho menos sacará gran luz; pero, al menos, no le dolerá la cabeza al cabo de dos horas de estar escuchando miles y miles de palabras atropelladas y vertiginosas. Ni a Demóstenes ni a Cicerón les aguantaban los griegos y los romanos un discurso de dos horas.

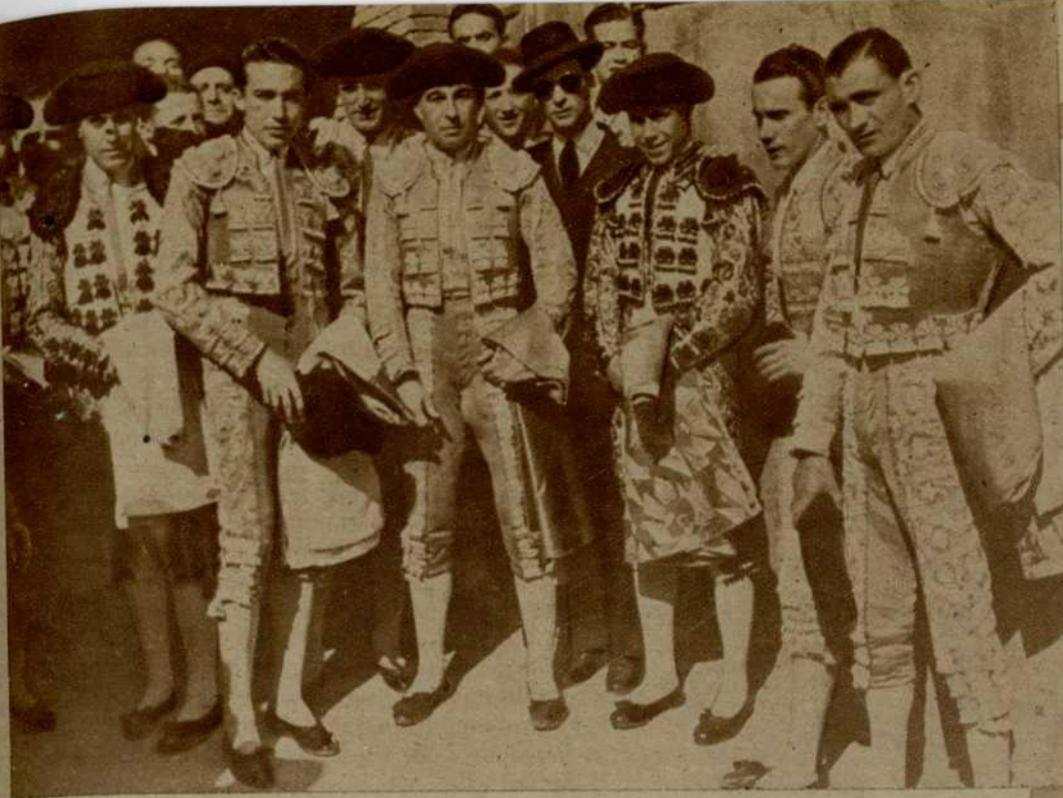
ANTONIO DÍAZ-CANABATE

Muy antiguo y muy moderno...

Un coñac de ayer para el gusto de hoy.



VALDESPINO JEREZ



NOVILLADA EN ZARAGOZA
Pedro Robredo, Gabriel Pericás y
Chaves Flores torearon el domingo,
día 13, reses de don Luis Ramos

El domingo hubo en Zaragoza novillada con picadores. Es costumbre en aquella Plaza ésta de las novilladas «picadas», hasta que por los días de San Fermín se da paso a la novilladas «económicas». Los empresarios no están generalmente de acuerdo en esta modalidad, porque hoy una novillada «picada» tiene un presupuesto grande, y no es lo mismo que una corrida de toros. Pero... el domingo pasado hicieron el paseillo Chaves Flores, Gabriel Pericás y Pedro Robredo

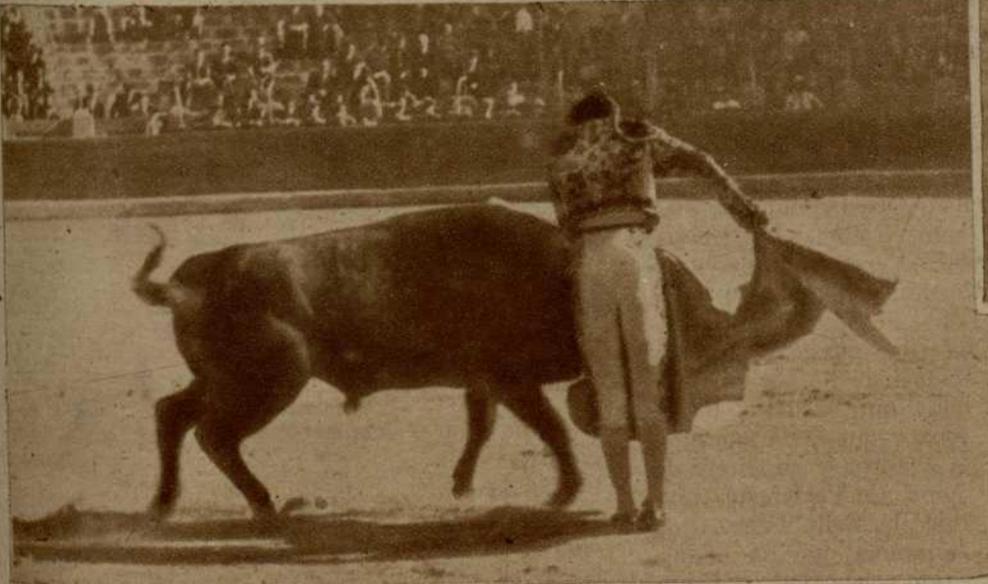


Un muletazo con la izquierda, de Pedro Robredo

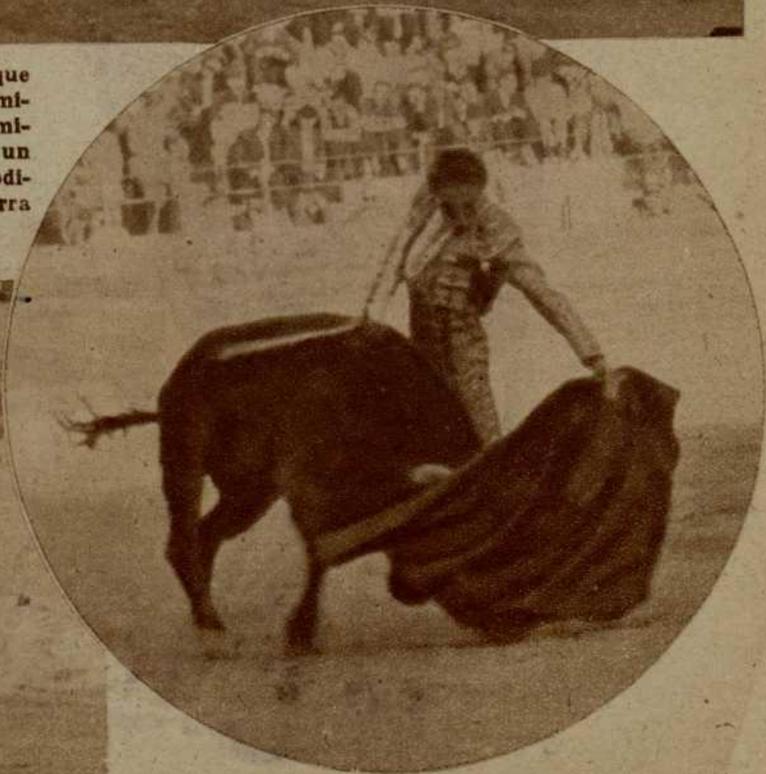
Pedro Robredo rematando un quite en el primero, en el que fué aplaudido y dió la vuelta al ruedo



Pericás, que estuvo «mitad y mitad», en un remate rodilla en tierra



Otro lance de Pericás. En el tendido que se observa en la fotografía, los espectadores no se aprietan tanto...



Otro pase de muleta de Chaves Flores (Fotos de Marin Clivite)

Chaves Flores también fué aplaudido, «pero menos». Sin embargo, tuvo detalles y toreó frecuentemente con la mano izquierda



Así se anunciaban las ferias españolas en los primeros años del siglo

PRIMERAS ferias españolas del año. Carteles fulgurantes de color en la luminosidad de la Primavera. Llegaron primero los de Valencia. Los de Sevilla, después. Vendrán los de Algeciras más tarde. Y seguirán llegando, a lo largo del verano, los de las ferias del Norte. Hasta que con el dorado sol de octubre, tengamos los de las ferias de Zaragoza y Jaén. Carteles de 1947: figuras estilizadas y un solo tema llenando enteramente el cartel. Antes eran más complicados y remilgolosos estos carteles de ferias —no hablo de los exclusivamente taurinos—, y ahora nos hace gracia ver cómo eran y qué profusión de figuras tenían. Me refiero a los carteles de 1900, de 1905, de 1908...

Tenemos que situarnos en esos años para ver estos carteles retrospectivos. Y hablar como si estuviéramos de verdad en ese tiempo. Y no conjugarlo en pasado, para no dar ni sombra de nostalgia al color vivo de estos alegres carteles vigorosos de azules y verdes, de rojos y amarillos, de platas y de oros, que fueron el encanto de nuestros padres.

Estamos, pues, para ver esos carteles, en los primeros años del siglo.

Pongamos que sea presidente del Gobierno don Práxedes Mateo Sagasta, un presidente con tupé y con manfarland, y alcalde de Madrid,



Uno de esos carteles de mosaico. Corresponde a Zaragoza. En él, motivos alegóricos de la ciudad, una escena de toros, otra del desfile de coches, otra de la Retreta militar... Corre el año 1904

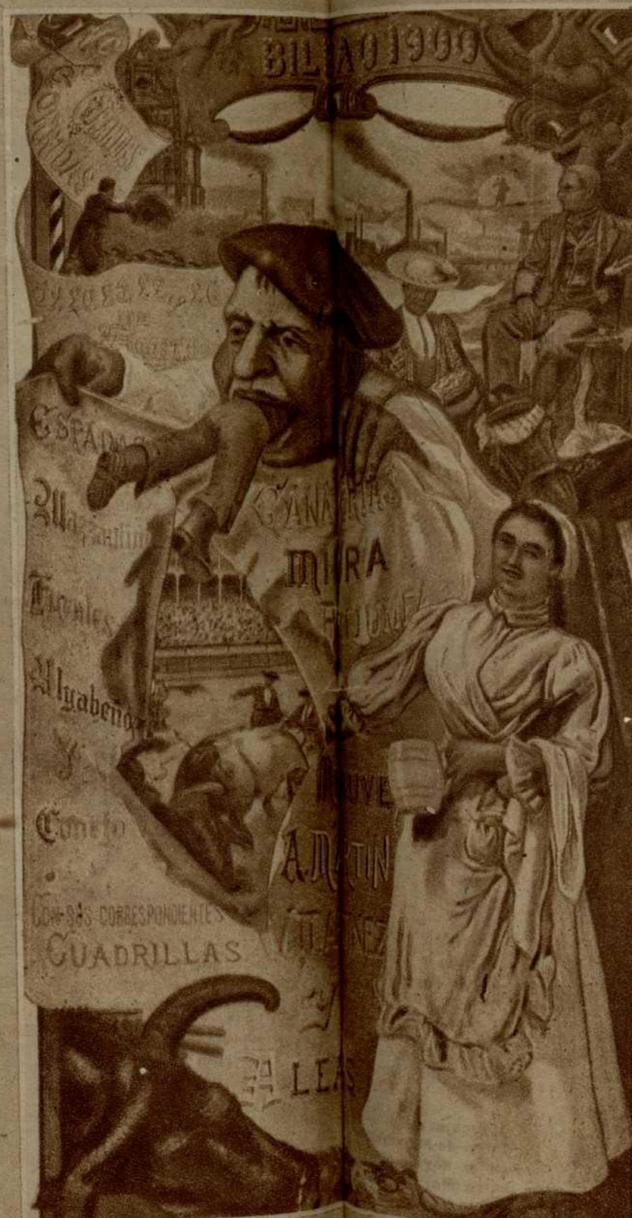
de Benavente y de los niños. «Los niños» son los Alvarez Quintero, que empiezan a mostrar un gran garbo para escribir comedias. A Loreto Prado le aplauden mucho en *Enseñanza libre*, y a Rosario Pino en *Las vírgenes locas*. Pintan Cecilio Pla, Moreno Carbonero, Emilio Sala, Sorolla...

El arte del cartel no tiene aún en España, durante ese tiempo, la importancia que en otros países ha alcanzado. Pero ya comienza a conseguir buenos cultivadores. Y la gente está percatándose de la trascendencia de la cartelería para la publicidad. Algunas casas industriales anuncian ya sus productos en carteles, unos carteles prietos de dibujo, chillones de color y con muchos rasgos y muchos semicírculos y muchos aral escos. Marcas de galletas y de champagnes, de perfumes y de tintes, se anuncian así. Pero lo que

En algunas ciudades hay cartel de ferias y cartel de toros. Y nada tiene que ver el uno con el otro, p u e s mientras el de ferias siempre está pintado expresamente para una ciudad y para un año, el de toros se repite múltiples veces, con una misma litografía para varias ciudades y para varios años.

Aguilera. La gente lee *La Correspondencia de España*, *El Imparcial* y *La Epoca*. Escriben Ortega Munilla, José Roure, Palomero y Gabaldón. Versos de Salvador Rueda, de Catarineau y de López de Saa. Y desde París envía unas impresiones ácidas de humor un cronista que se llama Bonafoux y que lleva pantalón a cuadros y sombrero de copa. En París está también la Bella Otero, una española que ha adquirido celebridad en Francia. Y de París vienen a España, para bailar en el madrileño Teatro Japonés, muchas dazaderas que no logran aquí celebridad ninguna. En los teatros se representan obras de Echegaray y de Gal-

La traza de este cartel de Pamplona, correspondiente a 1908, causó gran sorpresa por su misma sencillez. El pintor no renunció, sin embargo, al medallón de Sarasate, con su laurel, su violín y su solfa



Bilbao hizo siempre su cartel conjunto de fiestas y toros. Este, presidido por el famoso Gargantúa, corresponde al año 1900. Un cartel netamente bilbaíno. Y también abrumado de figuras y arrequives

pequeños apuntes coloristas, un cortejo procesional, una batalla de flores, una cabalgata, un concurso hípico y, naturalmente, una corrida de toros.

En esta nota taurina que tiene el cartel de ferias no suele recogerse la hechura de ningún lidiador determinado. El matador que aparece pintado es un matador imaginario, y que, deliberadamente, el artista cuida de que no se parezca a ninguno. Esto es natural, porque el cartel de ferias se pinta con una gran antelación, para extender su propaganda hasta fuera de España, y a veces se ignoran todavía los nombres de los espadas que actuarán en las corridas.

Podrán ser Mazzantini o Fuentes, Machaquito o el Algabeño, Guerrita o Bombita; pero mientras no se conozcan definitivamente las combinaciones, el pintor no puede trazar la silueta de uno de ellos, que acaso luego no sea incluido en la lista grande.

Por eso nadie puede descubrir en los pequeños motivos taurinos de uno de esos carteles el nombre de un torero. Ni podrá deducir tampoco si está ante un toro de Veragua o de Palha, de Miura o de Aleas. Todo es imaginación del artista: el torero y el toro, el abanico de la diana con mantilla y el faetón con los caballos encollarados de cascabeles...

Hay funciones de ópera y canta la Gardeta. Este es el espectáculo teatral que mayor tono adquiere en todas las ferias. Únicamente se ve así de elegante el teatro el día que se celebran los Juegos Florales. Eso sí que es como una gran función de ópera, con su diva coronada y con un vate vestido de frac y leyendo un poema como si cantase un aria. En los Juegos Florales hay un discurso muy erudito, muy bueno y muy



Otro cartel bien aprovechado: el de las fiestas en Huesca, el año 1902, con el Santo Patrono, los danzantes, los toreros, los muchachos que trepan por las cucuñas, los farolillos y los fuegos artificiales

largo, que la gente, en general, escucha un poco desentendidamente y que llega a aburrirse mucho. Ni más ni menos que lo sucede con las funciones de ópera, que le aburren en seguida, sólo que nadie se atreve a decirlo, porque luego, en el casino, todo son burletas y desdenes para quienes han confesado que la ópera es muy aburrida.

Pero la verdad es que la gente se divierte más viendo a los Mesejo o a Emilio Carreras. Y hasta hay quien prefiere irse al circo —no hay feria sin circo—, donde le hacen reír mucho las extravagancias del clown Belling y le causan asombro las rápidas transformaciones de

Un cartel en el que predomina lo alegórico. Obsérvese cuántas cosas ha amontonado el artista junto a esas matronas que anuncian las ferias y fiestas de Valladolid en 1907

Frégoli. A las ferias van también los cinematógrafos ambulantes, con unos órganos monumentales en sus pórticos, barracas de madera, percalinas con polvo de todos los caminos y unos largos bancos de madera en lo que se llama entrada general; el acceso a esta localidad cuesta 15 céntimos; la entrada a preferencia, el doble; los niños y militares sin graduación pagan menos.

No falta nunca, en las ciudades de ferias solemnes, algún concierto extraordinario y casi siempre mañal, para no perjudicar a los teatros. En Pamplona toca el violín Sarasate. En otras ciudades contratan a Pepito Arriola, que es un pianista de pocos años y a quien todos conocen por «el niño prodigio». En algunas capitales llaman a los Coros Clavé, que llegan de Barcelona con sus estandartes pomposos de cintas con flecos de oro.

Todo eso son las ferias de 1900, de 1905, de 1908...

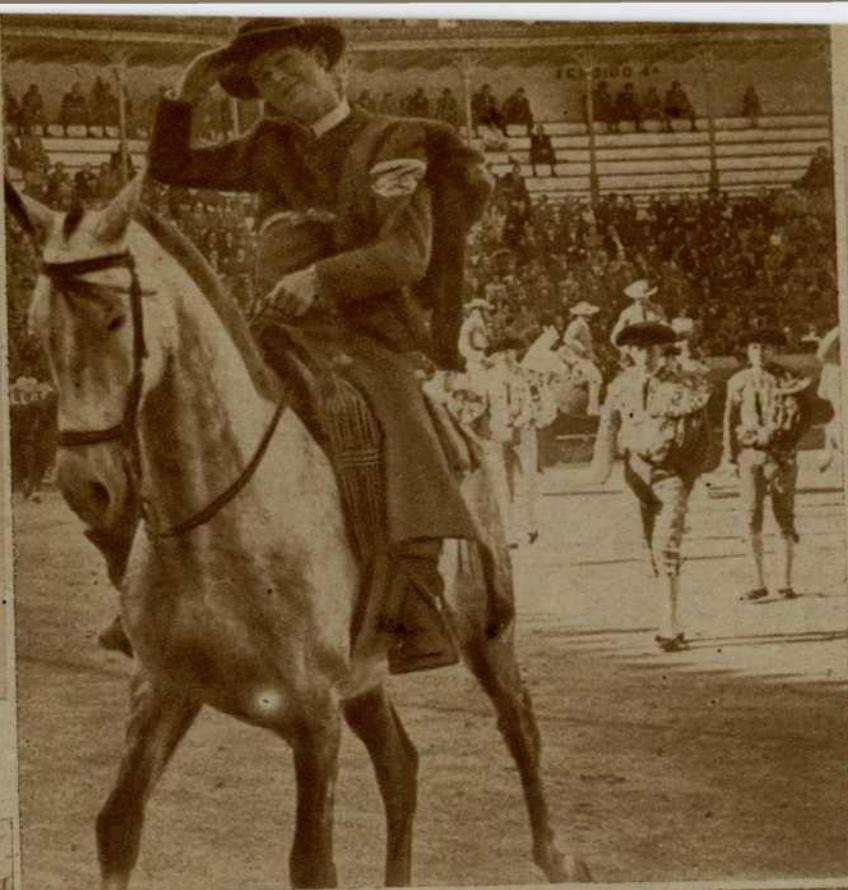
Y para esas ferias se pintan esos carteles, en los que dominan los que son como mosaicos, con un torero, y un hockey, y un músico, y una señorita con mantilla blanca. Esa es la moda de la época, una época en la que parece que vive aún la filigrana del miniaturismo y en la que los pintores se figuran que el miniaturismo es muy a propósito para la cartelería espectacular.

FERNANDO CASTAN PALOMAR

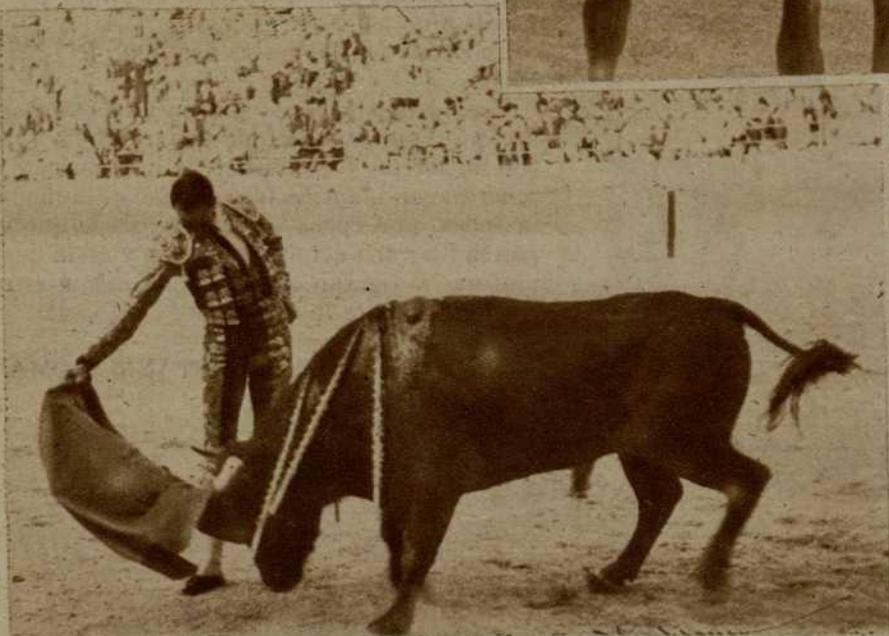


En Córdoba,
el domingo,
resultó herido
el novillero
PEDRO VIGIL

Otro rejoneador. El cordobés Rafael Baena, que desfila al frente de las cuadrillas de Guardiola, Vigil y Martorell



Los novillos fueron de doña Enriqueta de la Cova. Rejoneó uno el cordobés Rafael Baena, y en los restantes alternaron Guardiola y Martorell



El novillero de Aranjuez Ramiro Guardiola toreando con la muleta



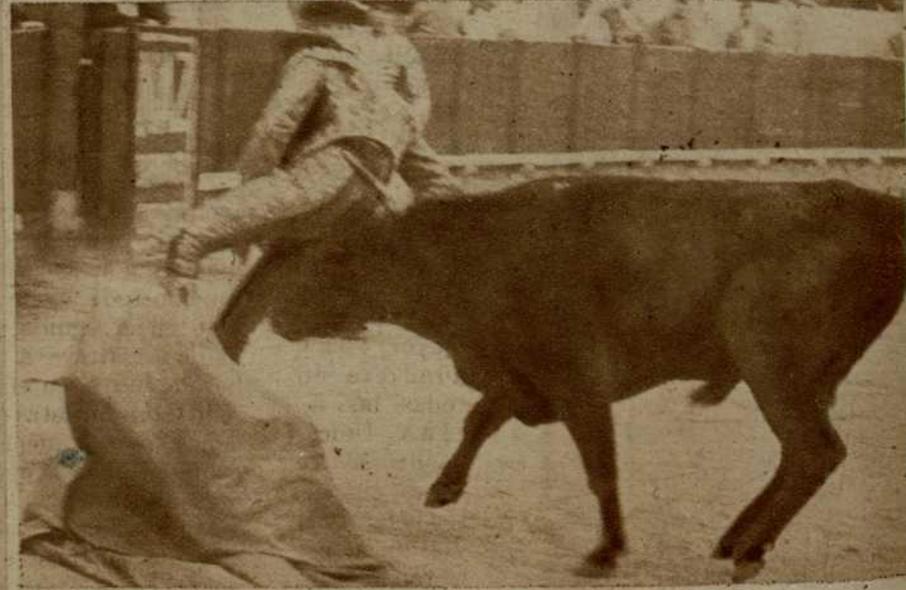
Guardiola en su faena al cuarto novillo de la tarde



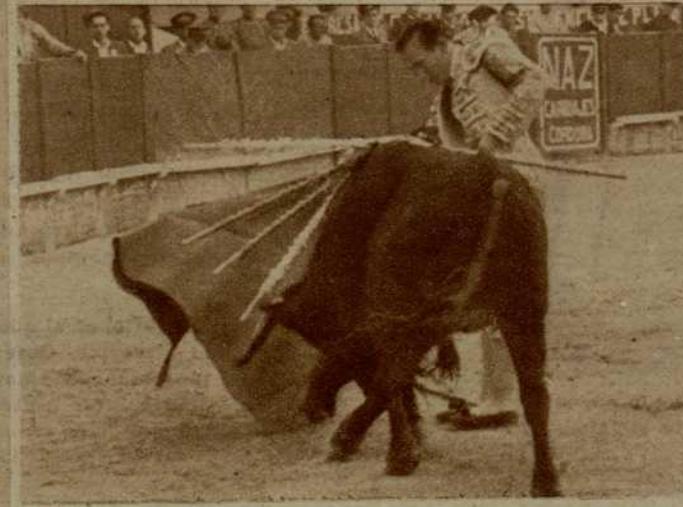
Pedro Vigil toreando a su primero. No mató más que un toro, pues resultó cogido por el cuarto, que le infirió una herida en la región inguinal del muslo izquierdo



Martorell, que fue el triunfador de la novillada, pasando de muleta con la izquierda



Momento de la grave cogida de Pedro Vigil por el cuarto toro



Un momento de la faena de Martorell en el novillo que cerró plaza, y del que le fue concedida una oreja, como había logrado las dos de su primero (Fotos de Ricardo)

Las mujeres también opinan de toros

AURORA REDONDO ES UNA GRAN AFICIONADA A TRAVES DE SU MARIDO Y DE SU HIJO

MOMENTOS antes de empezar su actuación en escena, hablamos con Aurora Redondo. Su afición a los toros presenta matices curiosos, porque es reciente y porque, más que suya, pertenece a Valeriano León, y la ha adquirido por simpatía de la que su marido ha tenido siempre.

—En realidad, a quien debería usted haber hecho estas preguntas es a mi hijo. El sabe de toros casi tanto como un crítico, y cuando yo no puedo asistir a las corridas, me hace él la reseña perfectamente, con todo detalle. Créo que ha heredado de su padre tan gran afición.

Esto nos dijo Aurora Redondo al final de nuestra entrevista.

—¿Qué impresión le hace a usted una corrida de toros?

Así abordamos el tema.

—Me da muchísimo miedo. Verdadero terror...

Esta contestación es para asustar a cualquiera, y empezamos a sospechar que nos encontramos ante una enemiga acérrima de la Fiesta.

—Pero... entonces, ¿no es usted aficio-

nada a los toros?

—Sí, claro que lo soy. Me aficionó a ellos mi marido, y voy a las corridas siempre que puedo. Claro que eso no evita que me asusten un poco...

—Eso quiere decir que no es usted una antigua aficionada, y que, por tanto, aun queda tiempo para que pierda ese temor.

—No creo. Voy a los toros desde que me casé. Y ya me atrevo hasta a opinar acerca de los lances de la Fiesta.

—¿Qué es lo que menos miedo le da de ella?

—El paseillo. Es para mí el mejor momento y el más alegre.

—¿Y lo que más?

—La muerte del toro. En ese momento, confieso que suelo cerrar los ojos con mucho disimulo. No debe interpretarse esto como un amor desmedido al toro. Tenerle compasión me parece exagerado. Si tuviera lástima del toro, tendría que tenerla también de las gallinas, de los cerdos y de los corderos que sacrifican para alimentarnos. Y eso es demasiado...

—Entonces, ¿por qué cierra usted los ojos cuando lo matan?

—Porque siempre es impresionante el momento de la muerte. Y más cuando, como en los toros, hay al mismo tiempo en juego una vida más importante que la de la víctima: la del matador.

Como en las novelas policíacas, "empezamos a ver claro". Hemos seguido la pista al miedo y ya lo hemos localizado.

—Luego el miedo que producen en usted las corridas de toros proviene únicamente del peligro a que está expuesto el torero...

—Sí; mi preocupación es que cojan al torero. Por eso, no comprendo la alegre indiferencia que se observa en las caras del público de las corridas. Debido, sin duda, a mi profesión, he adquirido la cos-



tumbre de observar las reacciones del público, y me molesta ver al de toros, alegre y despreocupado, y comprobar la diferencia que hay entre su gesto y el del torero, que, por muy valiente que sea, tiene siempre un aspecto algo preocupado cuando sale a la Plaza.

—Entonces, no le gustará a usted que chillen a los toreros, aunque no sean muy valientes.

—Esos son para mí los momentos más desagradables. Me irrita tanto que insulten a un torero como si lo hicieran con una persona de mi familia... Dicen que los toreros ganan mucho dinero. No sé... Es posible que tengan razón. Pero yo no haría lo que ellos hacen ni por todo el dinero del mundo. Primero ellos, y después los caballos, son los que en la Plaza tienen mis simpatías.

—¿Quiere eso decir que odia usted al toro?

—No, no... Quiere decir que entre que caigan unos o caigan otros, la duda no es difícil. El toro es un animal todo lo bueno y lo noble que quieran; pero, si puede, hace pedazos al torero.

Como la respuesta no tiene discusión, pasamos a otro punto: la mujer en el toreo. A eso nos responde:

—A la única que me gusta ver torear, sea a pie o a caballo, es a Conchita Cintrón. Es elegante y señora, y no pierde su feminidad al enfrentarse con el toro.

—¿Le gustaría que resucitara la costumbre de ir a los toros con mantilla?

—Sí; pero no para llevarla yo, porque no me está bien.

—¿Siente predilección por algún torero?

—Por todos los que lo hacen bien. Sobre todo, por aquellos que me comunican sensación de seguridad.

Aurora Redondo, ante el espejo, da los últimos toques a su peinado.

—Creo que ya he dicho de toros todo lo que sé —nos dice, después de un momento de silencio—. Mi hijo y mi marido son los que pueden hablar mucho de eso...

PILAR YVARS



FUERON y son los salones de peluquería, desde los más lujosos a los más modestos, lugares donde la locuacidad de los oficiales encontraron campo adecuado para distraer a los parroquianos de todas las edades durante el espacio de tiempo en que tienen sometidas sus cabezas a higiénicas manipulaciones.

Uno de los temas más corrientes es el taurómaco, y en ocasiones el diálogo se generaliza tomando parte en él cuantos en turno riguroso esperan el momento de ser servidos.

Federico Oliver, el insigne dramaturgo, y el inolvidable actor Julián Romea, en sus magníficas producciones *Los semidioses* y *El padrino del nene*, llevaron estas escenas al teatro, desarrollándolas en un ambiente sevillano y madrileño de maravillosa manera. De entre los muchos rapabarbas que se significaron por su locuacidad taurina, recordamos el nombre de dos, ya fallecidos, que gozaron de gran popularidad: el peluquero de Ricardo Torres, Bombita, Adolfo Marco, y el de Don Alfonso XIII, Rafael Cifuentes, pastorista hasta la medula de los huesos. Fué éste el que hizo saber al rey, por encargo de Vicente, el propósito que tenía de retirarse del toreo, suplicándole asistiera al acontecimiento, como así lo hizo Su Majestad, en unión de su tía la infanta doña Isabel.

Adolfo Marco, el panegirista número uno de Bombita, quien, siempre generoso, le prestó su ayuda para establecerse en Madrid, tuvo el honor, entre lágrimas y lamentos, de cercenar el apéndice capilar del diestro de Tomares, cuando éste dijo «Abur» a la afición madrileña en aquella inolvidable corrida a beneficio de la Asociación Benéfica de Terereros.

Ambos barberos, concededores de las intimidadas de Ricardo y Pastor, lleváronse al otro mundo el secreto de muchas anécdotas que, hechas públicas, hubieran deleitado a los partidarios de tan famosos diestros.

Pero de éstos y otros peluqueros que en distintas épocas significáronse en el terreno taurófilo, ninguno como este Pedro Giménez, que tiene, en esta capital, la exclusiva de arreglar el cabello a don Juan Belmonte.

Irrumpimos, pues, en el céntrico salón donde Pedro, diariamente, hace filigranas con las navajas y las tijeras, tomamos asiento en el sillón correspondiente a su turno, y servicial nos pregunta:

—¿Qué va a ser?

—Afeitado y corte de pelo—le contestamos.

—¿Corte o tomadura?—vuelve a preguntarnos sonriente y un poco escamado, porque nos ha reconocido y le extraña que al cabo de los años solicitemos por primera vez sus servicios.

—Corte, corte—insistimos—, y vamos al toreo.

Entra la máquina en funciones y comienzan nuestras preguntas, que iniciamos con una relativa al estado de Belmonte.

—Ya está bien. Se encuentra en Sevilla, y pronto vendrá por aquí, o me avisará, el mozo de «espás» Pintorcito, para que vaya a arreglarle el pelo.

—¿Però cuando se va a alejar de los ruedos?

—¿Belmonte? ¡Nunca! Su afición es tan grande que no quiso despedirse de los públicos. ¿Que

LOS ALREDEDORES DE LA FIESTA

PEDRO GIMÉNEZ RÓDENAS

tiene la exclusiva de cortar el pelo a Belmonte

El Alboreano, cuando aún soñaba ocupar en el toreo uno de los primeros lugares

no torea? Porque no quiere; pero él sigue siendo matador de toros, y allí donde hay un par de pitones, Juan se enfrenta con ellos con el mismo entusiasmo que cuando empezaba y le conocí.

—¿Y esto fué?

—Allá en Sevilla. Yo también estaba «atacao» del sarampión taurino y trabajaba, siendo un mozalbete, los sábados y domingos en una barbería trianera de la calle de Castilla. Una madrugada, con mucha niebla, y sobre el mismo puente de Triana, me presentaron a otro soñador. Era Belmonte, que venía de torear en aquellas escapadas nocturnas tantas veces relatadas.

—¿Así es que también fuiste torero?

—Lo quise ser, pero no me dejó esto que todos llevamos en el «lao» izquierdo.

Siendo un chiquillo—continúa—era un asiduo concurrente a las capeas levantinas, a las de mi terreta, porque yo nací en Alborea el 1888, y formé parte de la cuadrilla de niños valencianos que capitaneábamos el desventurado Francisco Pérez Ferrando y un servidor, con el apodo *Alboreano*.

—¿Muchos éxitos?

—Aquella cuadrilla duró una siesta. Después actué en distintas novilladas, la última en Tobarrá, donde el empresario, don Alberto Vera, quiso «protegerme» soltándome un toraco con veintinueve arrobas y toda la barba corrida, al que no pude «afeitar» a pesar de mi oficio. En resumen: muchos revolcones, poco dinero y bastante tiempo perdido.

Ofréceme un espejo pequeño para que me vea bien arreglado, y seguidamente dice:

—Quise, no obstante, hacer una última prueba. En la Plaza de Cercedilla, y hallándose Belmonte como espectador, me veía negro para meter mano a un novillo con muy malas ideas. «¿Qué le parece a usted que haga?», le pregunté a Juan. Y éste me contestó: «¡Pué... pues...



Pedro Giménez en la época en que como aficionado conoció en Sevilla a Belmonte, sin sospechar que llegaría a ser su peluquero



El servicio va llegando a su final, y la charla taurómaca también (Fotos Zarco)

que continúes afeitando!» Desde aquel histórico momento seguí el consejo de este gran filósofo del toreo, renuncié a mis taurinos sueños y cambié, definitivamente, la «espá», la muleta y el capote por las navajas, las tijeras y los peines.

—Además de Juan, ¿has afeitado a muchos personajes taurinos?

—A una barbaridad; pero con más frecuencia a Victoriano de la Serna, Félix Rodríguez, Gitanillo de Ricla, Fortuna, Varelo, Vázquez y Curro Caro; a los ganaderos Pérez Tabernero, Aleas, Hernández, Rogelio del Corral, y también pasaron por mis manos los empresarios Mosquera, Retana, Pagés, Ubach, Jardón, Gómez de Velasco, Balmañá y Escriche.

El servicio se aproxima a su fin.

—¿Qué opina del llamado pleito entre españoles y mejicanos?

—Que debe arreglarse cuanto antes, sin vencedores ni vencidos.

—¿Su mejor torero?

—Belmonte padre.

—Digo de los actuales.

—¡Belmonte y Belmonte!

—¡Está bien, Pedro!

—Servido.

—¡Muchas gracias!

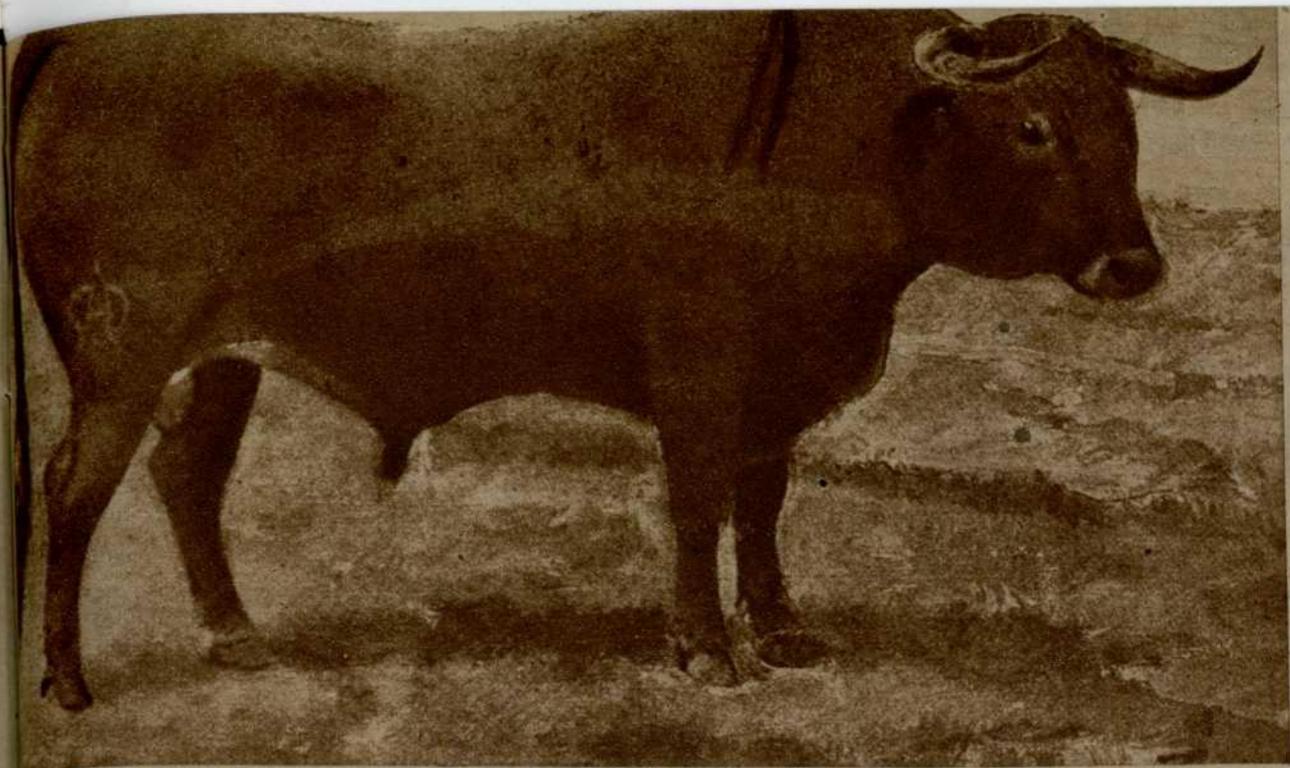
ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 180

DON JUSTO



DE LA SEVILLA TAURINA

No hay feria sin "Miurada" "TORITO DE MARFIL"

ANQUE para justificar la trágica aureola de los toros de Miura ya era bastante el número y fama de sus víctimas toreras, lo que vino a consolidar su prestigio terrorífico fué el veto que en los primeros años del siglo pusieron a esta famosa ganadería Bombita y Machaquito, por aquel entonces los «mandones» del toreo.

Y conste que fué un veto condicional. Porque Bombita y Machaquito, toreros de un valor y pundonor ejemplares, no se negaron rotundamente a torear miuras. Se limitaron a pedir mayores honorarios, alegando que las condiciones de esos toros hacían su lidia más dura, difícil y arriesgada. Y, lo que era aún peor, que en su gran mayoría no se prestaban al lucimiento de los toreros.

¿Qué condiciones eran esas que hacían recusables a los toros de Miura? Desde luego, no la de su excesiva bravura. Por esta razón, ni Machaquito, valiente hasta la temeridad, ni Bombita, lidiador maestro de grandes recursos, los hubieran rechazado.

No era porque todos los miuras tuvieran la fiereza de un Jaquetón, o el poder de un pablorromeo, o la cornamenta de un palha. Ni porque fueran duros de patas, resistentes, incansables. Sino porque, con harta frecuencia, desde el primer tercio se hacían recelosos, «avisados», desarrollando un «sentido» peligroso. Al contrario que el infierno, según el refrán, estaban llenos de malas intenciones. Si tenían casta y nervio, les faltaba esa nobleza, esa llamémosle «candidez», «ingenuidad» a prueba de burlas, que permite engañar a los toros una y otra vez; esa repetición ciega de los mismos movimientos que es el fundamento de las reglas del toreo y sin la cual sería imposible el arte de la lidia.

Que no era exclusivamente el temor lo que inspiraba a Bombita y Machaquito, lo prueba que después de resuelto el pleito en su aspecto económico, ambos volvieron a torear muchas corridas de Miura.

Pero quedó en pie —y así sigue— la razón de aquellos espadas célebres.

Don Eduardo Miura era un ganadero escrupuloso y seleccionaba y criaba bien. Pero no podía dar a sus toros lo que éstos no tenían. Y los miuras continuaron acusando fuerza, nervio y «sentido», con un reducido porcentaje de nobleza y bravura.

Pero la leyenda ya estaba hecha, y aunque, por fortuna, los miuras han ido dejando de justificar su aureola trágica, las cinco letras de su nombre aun ejercen sobre los públicos una especie de morbosa atracción.

Sobre todo, en Sevilla, y en los carteles de la feria abrilera, los miuras representan una tradición inquebrantable. El aficionado sevillano no concibe programa festal sin «miurada».

No han dejado en el ruedo de la Maestranza los miuras huellas de tragedias definitivas. Pero en la memoria de viejos aficionados vive el recuerdo de algunas «miuradas», de algún «miureño» célebre, cuya evocación basta a perpetuar la terrorífica leyenda de la ganadería.

La corrida más dramática tuvo lugar una tarde de feria de abril. Hicieron el paseo en la Maestranza José Clarós, Pepete; Francisco Martín Vázquez y Moreno de Alcalá.

Cuando el cuarto miura, emplazado en el centro del ruedo, aún pedía pelea, ya estaban los tres espadas en la enfermería con sendas cornadas tremendas. Tan graves las de Pepete y Curro Martín Vázquez, que el sacerdote de la Maestranza estuvo preparado para administrarles los postreros auxilios espirituales.

A Moreno de Alcalá lo cogió su toro cinco veces. Herido la última en el muslo, del que le brotaba la sangre como un surtidor purpúreo; hecho jirones el traje, despeinado, el rostro lleno de «sangre y arena», aún tuvo el bravo alcalareño arrestos para tumbar a su enemigo de una soberbia estocada.

Pero el miura más célebre en los anales de la Maestranza fué el que llamaban los sevillanos, con su certera justeza para adjudicar moles, «el torito de marfil».

Se lidió en una novillada. Y era un auténtico toro, «desecho de cerrado», como entonces anunciaban en los carteles. Un toro cincheño, «marca de la casa»: largo, hondo, «colcrao» y «ojo de perdizo». Le tocó «en suerte» a Andrés del Campo,

Dominguín, un muchacho madrileño, alto, magro, de aspecto enfermizo, que tenía un gran cartel, porque, aunque desgarrado y soso con el capote y muleta, «a la hora de la verdad» daba con gran estilo estocadas magníficas.

Pero Dominguín, de quien era justa fama que salía a volapié por toro, a aquel de Miura, aculado a las tablas y a la defensiva, le entró doce veces a matar. Bien es verdad que siempre en corto y por derecho, porque el bravo muchacho, celoso de su fama de buen estoqueador, no quería emplear recursos habilidosos, que en ninguna otra ocasión hubieran sido mejor empleados.

A pesar de que el toro, al sentirse pinchado, se encogía, cabeceaba nervioso y desarmaba al espada, éste pudo por tres veces enterrarle en los aldaños del morrillo —en la cruz, por los derrotes del toro, era imposible— casi todo el estoque.

A cada entrada valerosa, el público tributaba una ovación a Dominguín... Pero el toro, como dueño de un prodigioso don de inmortalidad, seguía en pie.

Y transcurrió el tiempo, y cuando el cumplimiento inflexible del Reglamento hizo sonar el tercer aviso, el toro, acribillado a pinchazos y con tres espadas hundidas en las carnes, aún tuvo fuerza para irse tras los cabestros, y a todo ligero, a los corrales.

Aquel miura, convertido en acerico, a quien se llamó «el torito de marfil», tuvo luego un colofón tragicómico, del que fué glosador un popular periodista.

Pocos meses después, una noche, a orillas del río, en el muelle del mineral, un capataz, forzado y con fama de matón, fué, en una reyerta con varios congéneres de la gente «del brenco», acribillado a puñaladas.

Lo dejaron por muerto; pero el capataz, ya al filo de la madrugada, recobró el conocimiento y se fué por su pie a la Casa de Socorro de la plaza de San Francisco —distante casi dos kilómetros—, donde le apreciaron los facultativos no menos de diecisiete heridas graves!

Le hicieron la primera cura, lo dejaron los médicos en el quirófano por atender a otro herido, y el capataz, al verse solo, se tiró de la cama de operaciones, se vistió y se fué a su casa, al barrio de la Macarena... ¡Otros dos kilómetros de camino!

Y Don Criterio, el famoso crítico taurino, que alternaba la crítica con el reportaje callejero, tituló nada menos que así la información del dramático suceso: «Otro torito de marfil».

Pero como el forzado matón no murió, como parecía inevitable, a consecuencia de las heridas, al buen Don Criterio no le salió el miedo del cuerpo en una larga temporada...

SANTIAGO MONTOYA



José Clarós,
Pepete



Curro Martín
Vázquez



Moreno
de Alcalá



Andrés del Campo,
Dominguín



En Bilbao, el domingo, lidiaron novillos de Molero
ANDALUZ II, ANTONIO CARO
y PAQUITO MUÑOZ

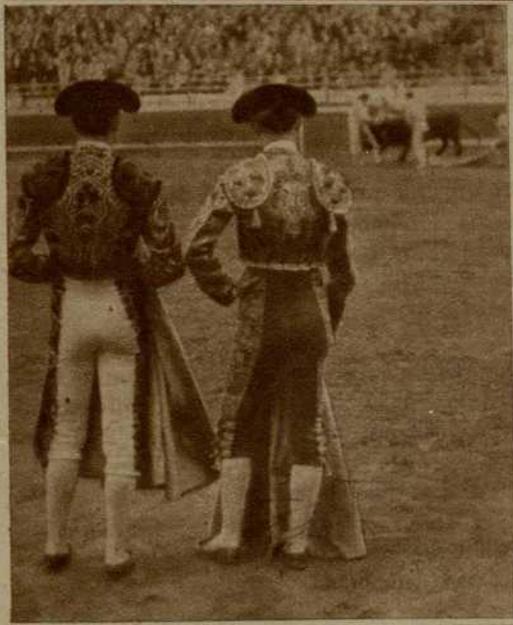
Antonio Caro y Paquito Muñoz, que al día siguiente, lunes, habían de-torear en Valencia, y el hermano del Andaluz, salen a «escena» en la Plaza de Bilbao



Un pase por alto del Andaluz



La labor de estos novilleros de moda no dió mucho de sí. Cumplieron. Aquí aparece Andaluz II en una verónica con temple



Antonio Caro y Paco Muñoz contemplan cómo el Andaluz se deshace de su enemigo



Un pase, con los pies juntos, de Antonio Caro



Antonio Caro, descabellando (Fotos Elorza)



Un puyazo en lo alto



Paquito Muñoz, en un quiebro a cuerpo limpio

**EL LUNES, DIA DE SAN VICENTE,
HUBO NOVILLADA EN VALENCIA**

Novillos de Benítez Cubero y uno de Tassara para ANTONIO CARO, HONRUBIA y PAQUITO MUÑOZ



Antonio Caro en una manolete a su primero, del que se le concedió la oreja

Paquito Muñoz rematando un quite



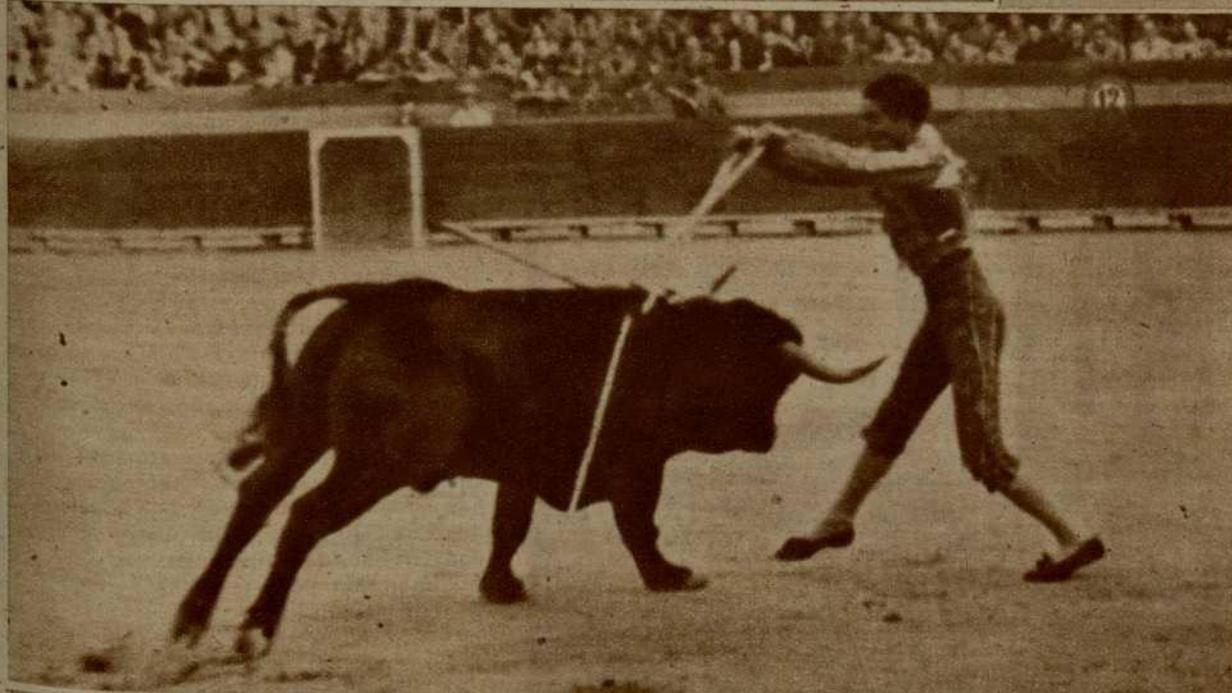
Antonio Caro en su segundo, en el que también logró triunfar



Paquito Muñoz en su segundo, al que hizo una gran faena, por lo que le fueron concedidas las orejas y salió en hombros de los entusiastas

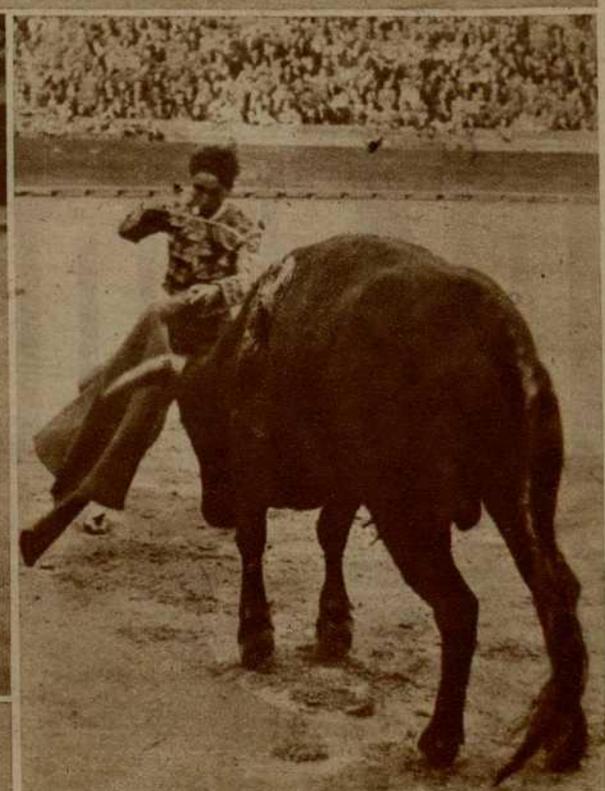


Uno de los novillos de Benítez Cubero se lía un capote a la cabeza



El valenciano Paquito Honrubia banderilleando

Honrubia entrando a matar a su primero. (Fotos Vidal)



Los innumerables "Morenitos" y el sino fatal de uno de ellos

AQUEL castizo escritor llamado Mariano Pardo de Figueroa, que hizo famoso su seudónimo «El Doctor Thebussem», opinaba que todos los toreros debían usar apodo, por entender que éste «viene a ser a modo de título o dignidad conferida por el pueblo, cuya cédula no puede pleitearse y cuya admisión es forzosa». En el número 12 de «La Lidia» del año 1884, correspondiente al 9 de junio, publicó a este propósito un sabrosísimo trabajo que más tarde recogió en su notable libro «Un triste capote»; pero de existir hoy aquel benemérito hombre de letras asidonense, acaso hiciera algunos distingos, al ver los abusos que se vienen cometiendo con la repetición de varios sobrenombres.

Probablemente, será el de Morenito el que se ha repetido más. Los Morenitos, tanto a secas como geográficos, se vienen prodigando de un modo alarmante para cuantos sienten debilidad por deshacer errores y confusiones en la historia del Toreo; no me sorprendería nada que hubiese incluso un Morenito de Melgar de Yuso de los Caballeros, a pesar de que la provincia de Palencia no se distingue, al parecer, por su afición a las corridas de toros, y asusta pensar que pudiera llamarse «morenimelgaryusocaballerina» cualquier suerte inventada por el mismo, dada la porrería que existe de bautizar algunos lances de capa y pases de muleta con denominaciones derivadas de los apodos de aquellos diestros que los pusieron en circulación, y aun de los que no hicieron tal cosa, como ocurre con la «chicuelina» y la «manoletina», pues ni Chicuelo inventó la primera ni Manolete la segunda. Decía —y perdóneseme el inciso— que el apodo Morenito es uno de los más abundantes, y agrego que su repetición no era tanta como para alarmarse cuando lo ostentaba Antonio García, notable banderillero en las cuadrillas del Gordito, El Gallo y El Espartero, quien, sin duda por llevar un nombre y un apellido muy comunes, creyó necesario acogerse al alias mencionado.

Muchos Antonios Garcías hay en España; pero desde el que nos ocupa hasta nuestros días, han existido otros tantos Morenitos, lo menos. Más cuenta le hubiera traído al que ahora recordamos apodarse Antoñito tras el Cuartel, como en Sevilla, su ciudad natal, le designaban familiarmente, y a buen seguro que si no se le anunció de esta manera fué por el espacio que habría de ocupar en los carteles. ¿Por qué otra cosa pudo ser?

Por Morenito, solamente, no le recuerda nadie a estas alturas, no obstante la reputación que obtuvo como subalterno. Tan notable fué, que al pie de una caricatura suya, publicada por «El Toreo Cómico» en el año 1888, se pueden leer estas dos redondillas:

*Este muchacho moreno,
de rostro y de sangre ardiente,
es peón inteligente
y banderillero bueno.*

*Y aunque su carne ha sentido
de los cuernos la dureza,
aun va fresco a la cabeza
y logra ser aplaudido.*

¡Y tanto como sufrió la dureza de los pitones!

Aparte la cornada que le privó de la existencia, su percance más grave —entre otros que tuvo— fué el que sufrió en Madrid el 12 de abril de 1885. Ocurrió en la segunda corrida de abono, cuyo cartel lo componían Lagartijo, Frascuelo y El Gallo y seis toros de la ganadería colmenareña de don Félix Gómez; el tercero se llamaba Tramposo, retinto de pelo y acapachado de cuerna, que fué banderilleado por Almendro y dicho Morenito, y al clavar éste un par en segundo turno, fué enganchado, puntado y derribado al suelo. Dos veces quiso recogerle el toro, pero las dos veces se interpuso el capote de Frascuelo para evitarlo. Lo que no pudo evitarse fué que Antonio García sufriera tres heridas: una en el muslo izquierdo, otra en la ingle y otra en el abdomen, y el aparato y las consecuencias del percance hicieron que «La Lidia» dedicara al mismo el cromo de su número 8 de aquel año, con el retrato del herido, tal como puede verse en la reproducción que decora esta página.

Se dijo que aquella cogida la originó el afán que sentía Morenito de emular a Guerrita, compañero suyo entonces, en la cuadrilla del Gallo, pues tanta expectación y tantos entusiasmos producía en aquel tiempo Rafael Guerra, que, ante las ovaciones que escuchaba, no había banderillero de algún relieve

que no sintiera el estímulo de medirse con él; pero, con incitación o sin ella, Morenito no dejaba de ser un peón y un rehiletero muy notable en tales calendadas.

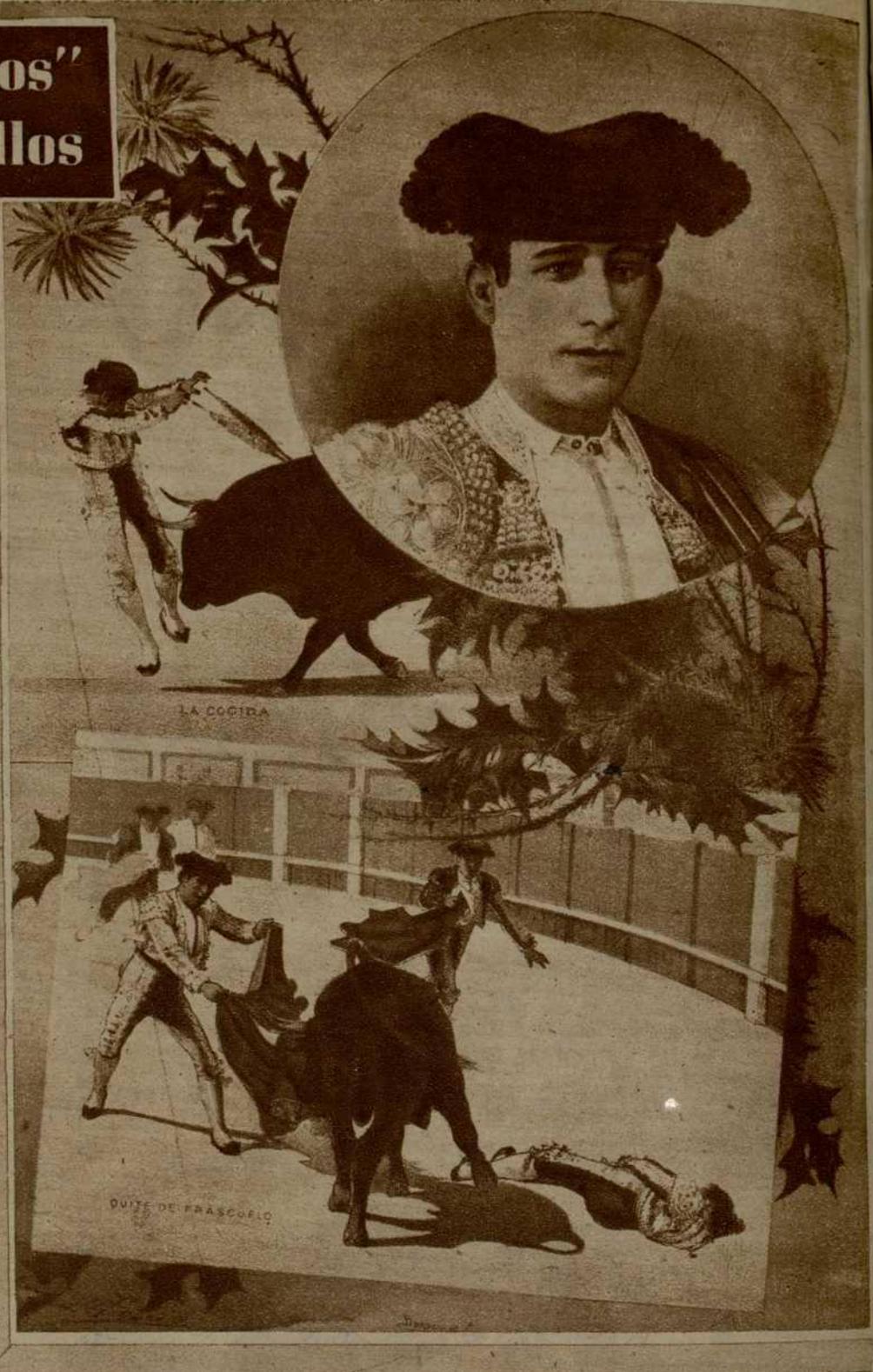
En el año 1890 ingresó en la cuadrilla del Espartero, con quien fué a torear a Lorca (Murcia), el día 1 de abril de 1893. Se lidiaron en tal cortida seis mansos de López Plata por las cuadrillas del referido matador y de Minuto, y el primero de la tarde, Montañés de nombre y de pelo colorado, cogió a Morenito al clavar éste un par de las calientes, y le infirió una cornada que atravesaba su muslo derecho. La mucha sangre que perdió y la falta de pericia de los facultativos ocasionaron su muerte nueve días después.

Como puede verse, el mes de abril fué funesto para Antoñito tras el Cuartel; un pajarraco de agorería y maleficio parecía cernerse sobre su ruta, y si en 1885 le puso en grave aprieto, en 1893 le dió el alatazo fatal.

Hasta apodándose Morenito tuvo mala suerte, pues son tantos y tantos los que han adoptado dicho alias, que la personalidad de algunos se pierde entre la enredada frondosidad «morenitesca».

Aunque un día le cantasen:

*Y aunque su carne ha sentido
de los cuernos la dureza,
aun va fresco a la cabeza
y logra ser aplaudido.*



BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechace todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL



C.S. n.º 7327.

El domingo sólo se celebró una corrida de toros.—Cogida de Pedro Vigil en Córdoba.—Martorell cortó tres orejas y salió en hombros; Cervera cortó dos orejas y rabo, y Antonio Caro tres orejas y rabo.—Caro y Paco Muñoz salieron en hombros en Valencia.—En Lima triunfaron los españoles Juan de Lucas, Machaquito y Curro Rodríguez.—Nuevo empresario de la Plaza de Toros de Méjico

EN Zaragoza se lidiaron el domingo novillos de Ramos Paul, que dieron buen juego. Robreño dió la vuelta al ruedo en el primero y fué ovacionado en el cuarto. Pericás fué ovacionado en el segundo y estuvo mediano en el quinto. Chaves Flores fué aplaudido en los dos.

—En Bilbao. Novillos de Molero. Andaluz Chico y Antonio Caro cumplieron en sus novillos. Paco Muñoz fué ovacionado en el tercero y estuvo bien en el sexto.

—En Córdoba. Novillos de Enriqueta de la Co-va. El rejoneador Rafael Baena fué ovacionado. Acabó con el novillo el sobresaliente Pineto. Guardiola, que cumplió en el primero, estuvo vulgar en el cuarto y no hizo nada saliente en el quinto. Pedro Vigil, que fué ovacionado en el segundo, fué cogido por el cuarto, que le produjo una herida de pronóstico reservado, en la región inguinal del muslo izquierdo. Martorell cortó las dos orejas del tercero, una oreja del sexto y salió en hombros.

—En Algeciras. Asistieron a la novillada el embajador de la Argentina y el gobernador militar del campo de Gibraltar, que fueron saludados por el público con grandes muestras de afecto. Se lidiaron novillos de Ramón Gallardo. Rafael Vázquez dió la vuelta al ruedo en el primero y fué ovacionado en el quinto. Cervera cortó las orejas y el rabo del segundo y dió la vuelta al ruedo en el sexto. Juan Luis de la Rosa dió la vuelta al ruedo en sus dos novillos. José González Araújo, vuelta al ruedo en el cuarto y aplausos en el octavo.

—En Cáceres. Novillos de Mariano García. Pedrucho de Canarias dió la vuelta al ruedo en sus dos novillos. Boni, muy mal en los dos.

—En Valencia. El pasado lunes se celebró una novillada. Cinco reses de Benítez Cubero y una, lidiada en primer lugar, de Tassarà. Antonio Caro se lució con el capote en el primero. Con la muleta logró hacerse con el novillo, que es-

taba reservón. Hizo luego muy buena faena, llena de arte y valor, y mató de media muy buena. (Oreja y dos vueltas.) Al cuarto le dió varios ayudados por alto muy buenos. Siguió por naturales, en redondo y rodillazos. Un estoconazo. (Dos orejas y rabo.) Onrubia, cumplió. Paco Muñoz hizo faena muy buena al tercero y mató de tres pinchazos. (Ovación.) La faena que hizo al sexto fué primorosa. En ella abundaron los pases de pecho, molinetes y manoleínas. Una buena. (Ovación y vuelta al ruedo.) Caro y Muñoz salieron en hombros.

—El domingo, en Lima, los novilleros españoles Juan de Lucas, Machaquito y Curro Rodríguez, despacharon una corrida de toros de la ganadería de Fernandini. Tal ganado, según dicen los despachos que se reciben de América, fué ad-



El matador de toros mejicano Antonio Toscano, que ha contraído matrimonio en Sevilla con la señorita de Vázquez



Carlos Arruza y la hermana de la novia fueron los padrinos del nuevo matrimonio Toscano

quirido para que fuera lidiado en la temporada de corridas de toros, pero los ases que actuaron en Lima se negaron a torearlo. Por ello, fueron contratados los tres novilleros españoles, que de antemano sabían que tenían que entenderse las con toros grandes y de edad. A estas dificultades se añadió la de la mansedumbre de los astados. No obstante, los tres espadas salieron decididos a dar de sí cuanto pudieran, y a fuerza de valor y voluntad, lograron despachar la corrida con decoro y en algunos momentos se hicieron aplaudir con entusiasmo. Al final de la corrida, los tres novilleros dieron la vuelta al ruedo en medio de una gran ovación. Los aficionados limeños elogiaron la actuación de Juan de Lucas, Machaquito y Curro Rodríguez, que en esta ocasión pusieron de relieve su valor y sus conocimientos del arte de torear. Se proyecta repetir el cartel de matadores con ganado de otra ganadería.

—En Méjico, tras laboriosas gestiones entre los señores Moisés Cossío y Tomás Vallés, se ha llegado a un acuerdo, en virtud del cual el primero cede al señor Vallés el arrendamiento y explotación de la Plaza de Méjico por dos años. El nuevo empresario es un hacendado criador de reses bravas. Sus primeras gestiones se encaminan a organizar la temporada de novilladas, que empezará el próximo día 20. Los contratos que quedan pendientes de la última temporada los liquidará el señor Cossío de acuerdo con los diestros interesados.

—Pedro Vigil, que resultó cogido el domingo en Córdoba, pasó la noche de dicho día muy decaído. Se le pusieron inyecciones para reanimarle. El martes, el estado del herido era satisfactorio. Se confía en un pronto restablecimiento.

B. S.



El sábado, día 12, se reunió, en la capilla de la Plaza de Toros de la Maestranza, un numeroso grupo de toreros para rezar el Santo Rosario y regalar un manto a la Virgen y un vestido hecho con un traje de torear de Pepín Martín Vázquez. Con el sacerdote capellán y el representante de la Empresa, señor Ruiz Cruz, asistieron los lidiadores Carlos Arruza, Vito, Montani, Pepe Anastasio, Manolo González, Rojas, Chaparreja, Corcito y otros. (Fotos Arenas)

En el próximo número de EL RUEDO publicaremos una amplia información gráfica de las cinco corridas de la famosa feria de Sevilla y las notas críticas que nos enviará nuestro director

LA FERIA DE ABRIL DE SEVILLA YA ES CENTENARIA

Corridas celebradas en los cinco primeros lustros del siglo actual

La feria de abril sevillana ya es centenaria. La instituyó por Real orden Isabel II, en 1847.

He aquí las corridas celebradas en los cinco primeros lustros del presente siglo:

Año 1901.—18 de abril.—Seis toros de Concha y Sierra. Antonio Fuentes, Emilio Torres (Bombita I) y Antonio de Dios (Conejito).

19 de abril.—Seis toros de Miura, para Fuentes, Emilio Bombita y Conejito.

20 de abril.—Toros de Adalid. Fuentes, Emilio Bombita y Conejito.

Año 1902.—Día 18.—Toros de Murube. Joaquín Navarro (Quinito), Conejito y Ricardo Torres (Bombita II).

Día 19.—Toros de Anastasio Martín y los mismos espadas del día anterior.

Día 20.—Toros de Miura para Quinito, Ricardo Bombita y Chicuelo I; este último, en sustitución de Conejito, herido el día anterior.

Año 1903.—Día 18.—Toros de Benjumea. Bonarillo, Algabeño I y Ricardo Bombita.

Día 19.—Toros de Urcola y el mismo cartel de espadas que el día anterior.

Día 20.—Toros de Miura y los mismos espadas de los días anteriores. (Bonarillo actuó en las tres corridas en sustitución de Fuentes.)

Año 1904.—Día 18.—Toros de Anastasio Martín. Antonio Montes, Ricardo Bombita y Rafael el Gallo.

Día 19.—Toros de Moreno Santamaría. Ricardo Bombita, Machaquito y Rafael el Gallo.

Día 20.—Toros de Miura y el mismo cartel de espadas del día anterior.

Día 21.—Toros de Ibarra. Antonio Montes, Ricardo Bombita y Machaquito.

Año 1905.—Día 27.—Toros de Anastasio Martín. Fuentes, Bombita y Lagartijo Chico.

Día 28.—Toros de Moreno Santamaría. La misma combinación de espadas.

Día 29.—Toros de Miura. Igual terna de matadores.

Día 30.—Toros de Saltillo y los mismos espadas de los días anteriores.

Año 1906.—Día 17.—Toros de Saltillo, para Algabeño, Montes y Pepete.

Día 18.—Toros de Anastasio Martín. Algabeño, Bombita y Pepete.

Día 19.—Toros de Miura, para Montes, Algabeño y Bombita. (En esta corrida actuó Pepete en sustitución de Algabeño, herido.)

Día 20.—Toros de Saltillo. Minuto, Bombita y Pepete. (Minuto, en sustitución de Montes, herido el día anterior.)

Año 1907.—Día 18.—Toros de Anastasio Martín, para Bombita, Machaquito y Regaterín.

Día 19.—Toros de Pérez de la Concha. Lagartijo Chico, Machaquito y Pepete. (Lagartijo, en sustitución de Bombita.)

Día 20.—Toros de Miura. Bombita, Lagartijo y Machaquito. (Lagartijo, en sustitución de Pepete, herido el día anterior.)

Año 1908.—Día 23.—Toros de Benjumea, para Ricardo Bombita, Machaquito y Manuel Torres (Bombita III).

Día 24.—Toros de Moreno Santamaría. Bombita, Machaquito y Moreno de Alcalá.

Día 25.—Toros de Miura y los mismos espadas del día anterior.

Año 1909.—Día 18.—Toros de Pérez de la Concha. Pepete, Bienvenida y Curro Martín Vázquez.

Día 19.—Toros de Moreno Santamaría. Bienvenida, Moreno de Alcalá y Curro Martín Vázquez.

Día 20.—Toros de Miura y el mismo cartel de espadas del día anterior. (En esta corrida resultaron heridos los tres matadores y fué suspendida.)

Año 1910.—Día 17.—Toros de Anastasio Martín. El Gallo, Bienvenida y Vicente Segura.

Día 18.—Toros de Moreno Santamaría. Quinito, el Gallo y Bienvenida.

Día 19.—Toros de Concha y Sierra, para Quinito, el Gallo y Vicente Segura.

Día 20.—Toros de Miura. Quinito, Bienvenida y Vicente Segura.

Año 1911.—Día 18.—Toros de Anastasio Martín, para Bombita, Pastor y el Gallo.

Día 19.—Toros de Concha y Sierra. Los mismos espadas.

Día 20.—Toros de Miura. Los mismos espadas.

Año 1912.—Día 18.—Toros de Anastasio Martín. Minuto, el Gallo y Bienvenida.

Día 19.—Toros de Miura. El Gallo, Bienvenida y Rodolfo Gaona.

Día 20.—Toros de Miura. Los mismos espadas.

Año 1912.—Día 18.—Toros de Anastasio Martín. Minuto, el Gallo y Bienvenida.

Día 19.—Toros de Miura. El Gallo, Bienvenida y Rodolfo Gaona.

Día 20.—Toros de Miura. Los mismos espadas.

Día 21.—Toros de Campos Varela. Minuto, el Gallo y Gaona.

Año 1913.—Día 17.—Toros de Santa Coloma. Ricardo Bombita, el Gallo y Bombita III.

Día 18.—Toros de Urcola. El Gallo, Cocherito de Bilbao y Joselito.

Día 19.—Toros de Miura. Bombita, el Gallo y Joselito.

Día 20.—Toros de Benjumea. Bombita, el Gallo, Bombita III y Joselito.

Año 1914.—Día 18.—Toros de Campos Varela. El Gallo, Gaona y Joselito.

Día 19.—Toros de Pablo Romero. Los mismos espadas.

Día 20.—Toros de Santa Coloma. El Gallo, Paco Madrid y Joselito.

Día 21.—Toros de Miura. Gaona, Joselito y Juan Belmonte.

Día 22.—Toros de Campos Varela. El Gallo, Gaona, Joselito y Belmonte.

Año 1915.—Día 18.—Toros de Santa Coloma. Joselito y Belmonte.

Día 19.—Toros de Gamero Cívico, para Joselito y Belmonte.

Día 20.—Toros de Guadalest. El Gallo, Bombita y Limeño.

Día 21.—Toros de Felipe Salas, para el Gallo y Curro Posada.

Día 22.—Toros de Miura. El Gallo, Joselito y Belmonte.

Día 23.—Toros de Murube. El Gallo, Curro Posada, Joselito y Belmonte.

Año 1916.—Día 26.—Ganado de Murube, para Joselito y Belmonte.

Día 27.—Toros de Santa Coloma. Gaona, Joselito y Belmonte.

Día 28.—Toros de Gamero Cívico. Vicente Pastor, Joselito y Belmonte.

Día 29.—Toros de Miura. Pastor, Joselito y Belmonte.

Día 30.—Toros de Anastasio Martín. Pastor, Gaona, Joselito y Belmonte.

Año 1917.—Día 18.—Toros de Santa Coloma. Vicente Pastor, Gaona y Saleri II.

Día 19.—Toros de Murube. Pastor, Curro Martín Vázquez y Saleri II.

Día 20.—Toros de Concha y Sierra. Los mismos espadas.

Día 21.—Toros de Miura. Pastor, Gaona y Saleri II.

Día 22.—Toros de Moreno Santamaría. Curro Martín Vázquez, Gaona y Pacomio Peribáñez.

Año 1918.—Día 18.—Toros de Albaserrada. Gaona, Joselito y José Flores (Camará).

Día 19.—Toros de Murube. Gaona, Joselito y Camará.

Día 20.—Toros de Miura. Gaona, Joselito y Fortuna.

Día 21.—Toros de Concha y Sierra. Gaona, Joselito y Fortuna.

Día 22.—Toros de Santa Coloma. Joselito, Fortuna y Camará.

Año 1919.—Plaza de la Maestranza.—Día 27.—Toros de Santa Coloma. Belmonte, Saleri II y Pacorro.

Día 28.—Toros de Murube. Gaona, Belmonte y Manolo Belmonte.

Día 29.—Toros de Miura. Gaona, Juan Belmonte y Saleri II.

Día 30.—Toros de Concha y Sierra. El Gallo, Gaona, Belmonte y Manolo Belmonte.

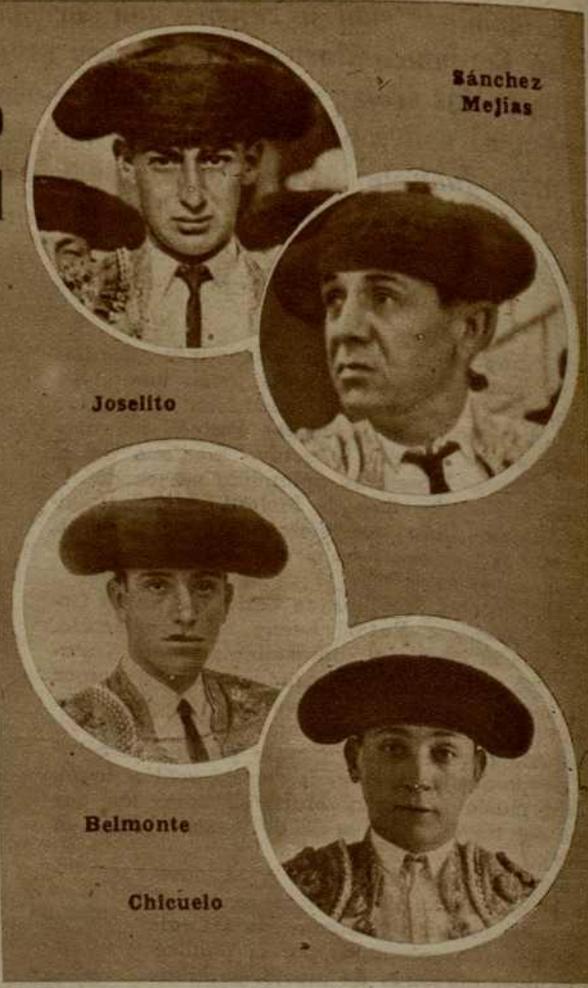
Plaza Monumental.—Día 26.—Toros de Gamero Cívico. Joselito, Camará y Sánchez Mejías.

Día 27.—Toros de Tamarón. Joselito, Fortuna y Varellito.

Día 28.—Toros de Pablo Romero. Joselito, Fortuna y Sánchez Mejías.

Día 29.—Ganado de Murube. Joselito, Fortuna y Sánchez Mejías.

Día 30.—Toros de Campos Varela. Joselito, Camará, Fortuna y Varellito. (Joselito cortó quince orejas en esta feria.)



Año 1920.—Plaza de la Maestranza.—Día 18.—Toros de Santa Coloma. Varellito, Sánchez Mejías y Chicuelo II.

Día 19.—Toros de Tamarón. Joselito, Belmonte y Manolo Belmonte.

Día 20.—Toros de Rincón. Juan Belmonte, Varellito y Chicuelo.

Plaza Monumental.—Día 21.—Toros de Murube. Joselito, Manolo Belmonte y Sánchez Mejías.

Día 22.—Toros de Guadalest. Joselito, Belmonte y Chicuelo.

Día 23.—Toros de Miura. Joselito, Belmonte, Varellito y Sánchez Mejías.

Año 1921.—Día 17.—Toros de Rincón. Juan Belmonte, Manolo Belmonte y Chicuelo.

Día 18.—Toros de Santa Coloma. Belmonte, Alcalareño y Chicuelo.

Día 19.—Toros de Guadalest. El Gallo, Manolo Belmonte y Granero. (El Gallo actuó en sustitución de Juan Belmonte, herido el día anterior.)

Día 20.—Toros de Miura. El Gallo, Chicuelo y Granero.

Día 21.—Toros de Murube. El Gallo, Alcalareño, Chicuelo y Granero.

Año 1922.—Día 18.—Toros de Murube. Varellito, Chicuelo y Maera.

Día 19.—Toros de Santa Coloma. Granero, Maera y Marcial Lalanda.

Día 20.—Toros de Miura. Varellito, Chicuelo y Granero.

Día 21.—Toros de Guadalest. Varellito, Chicuelo, Granero y Marcial Lalanda. (En esta corrida fué cogido, y de sus resultados murió, el diestro Varellito.)

Año 1923.—Día 19.—Toros de F. Suárez. Fortuna, Juan Luis de la Rosa y Maera.

Día 22.—Toros de Guadalest. Fortuna, Juan Luis de la Rosa, Maera y Marcial Lalanda.

Día 23.—Toros de Miura, para Maera y Marcial Lalanda.

Año 1924.—Día 27.—Toros de Santa Coloma. Chicuelo, Algabeño hijo y Antonio Posada.

Día 28.—Toros de Guadalest. Chicuelo, Marcial Lalanda y Antonio Posada.

Día 29.—Toros de Miura. Chicuelo, Algabeño y Marcial Lalanda.

Día 30.—Toros del Conde de la Corte. Marcial Lalanda, Algabeño y Antonio Posada.

Año 1925.—Día 18.—Toros del Conde de la Corte. Chicuelo, Francisco Peralta (Facultades) y Antonio Pcsada.

Día 19.—Toros de Guadalest. Chicuelo, Facultades y Manuel Báez (Litri).

Día 20.—Toros de Miura. Juan Luis de la Rosa, Chicuelo y Martín Agüero.

Día 21.—Toros de Santa Coloma. Juan Luis de la Rosa, Chicuelo, Martín Agüero y Litri.

A. ALVAREZ TOVAR

CUATRO REFritos DE TOROS, por TILU



¡ESA MODA...!

—¡Pero hombre!, ¿Cómo le vas a matar con el de madera?



GRITOS DEL TENDIDO

—¡Tanto: «bájale la cabeza»... «bájale la cabeza»! ¿Quiere que se la baje más?



¡CORTO DE VISTA!

—¡Mi tía!... ¡Vaya pavo...! yo no «atoreo» eso...!



¡ES NATURAL...!

—¿Lo ves? ¡Eso le pasa por torear mirando a los tendidos...!

Toros y toreros en la pintura española

COMO el bodegón o el paisaje, como la pintura de historia o religiosa, el retrato o el desnudo, los toros, el tema taurino, en toda su amplitud y derivaciones, marca o señala en la pintura española, desde Goya, o tal vez antes —no olvidemos a Carnicero—, el más firme y acusado exponente de un asunto costumbrista arrancado de las mismas entrañas de lo popular y netamente castizo. Encauzada la pintura, hasta finales del siglo XVIII, en la más rígida y severa tradición clasicista, fué preciso cierto aire renovador de los pueblos occidentales para que aquélla se orientara por otros derroteros, para que cierta ansia democratizadora y valiente introdujera el latir callejero en el arte. Hasta entonces la pintura —egregia y señorial— habíase nutrido de los temas trascendentales de la historia de la religión y de los pueblos, es decir, de los pasajes más sobresalientes y emotivos de la vida excelsa de Cristo y de las epopeyas guerreras y conquistadoras de los hombres. Como supremo exponente del arte copiativo surge después, como exaltación calladamente fogosa de la Naturaleza, la soberbia manifestación, bella y fascinante, del desnudo.

Iniciada la decadencia del arte y de la literatura, lo pagano —sin provocaciones insultantes y eróticas— diluye y difumina el misticismo reinante. Abierta pues, la válvula de escape de una rígida trayectoria anatematizante e inquisidora, anulada esta atmósfera, los hombres, libres ya de ataduras, se dan a producir y a pintar orientados hacia una realidad desprovista de toda trabazón hipócrita. La verdad se impone en la vida y en las costumbres de los pueblos. Los hombres, a fuerza de fingir, han falseado el sentido de su obra terrena. Rotos los diques de ciertos prejuicios aherrojantes, no más sanos y saludables por más estrechos de concepto, una oleada de naturalidad se extendió como una mancha de aceite por Europa. La simiente roussoniana daba a la larga su fruto, y el artista, provisto ya de su salvoconducto para entrar en el terreno del liberalismo pictórico, dióse a producir, sin temores ni cortapisas, la limpidez moral y hasta efec-tista del desnudo y la oreada escenografía natural y espléndida que pródiga le ofrecía el paisaje. Así, cuando Calomarde, apoyado por Fernando VII, pone de moda sobre el suelo español el espectáculo deslumbrante de los toros, Goya lo recoge y lo lleva al lienzo, dándole carta de naturaleza en el índice magistral de nuestra pintura. Las gentes ya

no se asustan de nada. La corriente democratizadora llegada de Francia ayuda a aclimatar la nueva temática que Goya brinda y ofrece al arte. Desde aquel momento, que señala la cúspide de nuestras rebeliones liberadoras, los toros, saltando la barrera de los convencionalismos artísticos, marcan el precedente, que había de dar el triunfo, a la larga, de un nuevo tema en la pintura española. Y, claro está, facultado el artista para introducir en sus motivos pictóricos, cabe la extensión de lo popular, lo castizo y humanamente expansionable, el reflejo y el sentir del costumbrismo nacional, acoge complacido el espectáculo taurino, que en múltiples variantes —la Fiesta, las mujeres, los toreros y los toros— le brinda la inspiración para ser llevada al lienzo. La primera página, el artículo prologal de la historia de la pintura taurina —ya lo hemos dicho otras veces—, es «La Tauromaquia», de Goya. Después de ella, después del insigne pintor de Fuendetodos, y a lo largo de todo el siglo XIX, los artistas cultivarán, más o menos ampliamente, el tema; pero

no se asustan de nada. La corriente democratizadora llegada de Francia ayuda a aclimatar la nueva temática que Goya brinda y ofrece al arte. Desde aquel momento, que señala la cúspide de nuestras rebeliones liberadoras, los toros, saltando la barrera de los convencionalismos artísticos, marcan el precedente, que había de dar el triunfo, a la larga, de un nuevo tema en la pintura española. Y, claro está, facultado el artista para introducir en sus motivos pictóricos, cabe la extensión de lo popular, lo castizo y humanamente expansionable, el reflejo y el sentir del costumbrismo nacional, acoge complacido el espectáculo taurino, que en múltiples variantes —la Fiesta, las mujeres, los toreros y los toros— le brinda la inspiración para ser llevada al lienzo. La primera página, el artículo prologal de la historia de la pintura taurina —ya lo hemos dicho otras veces—, es «La Tauromaquia», de Goya. Después de ella, después del insigne pintor de Fuendetodos, y a lo largo de todo el siglo XIX, los artistas cultivarán, más o menos ampliamente, el tema; pero

«Devuelto a los corrales», óleo de González Marcos, en el que una vigorosa pincelada enriquece esta moderna obra pictórica

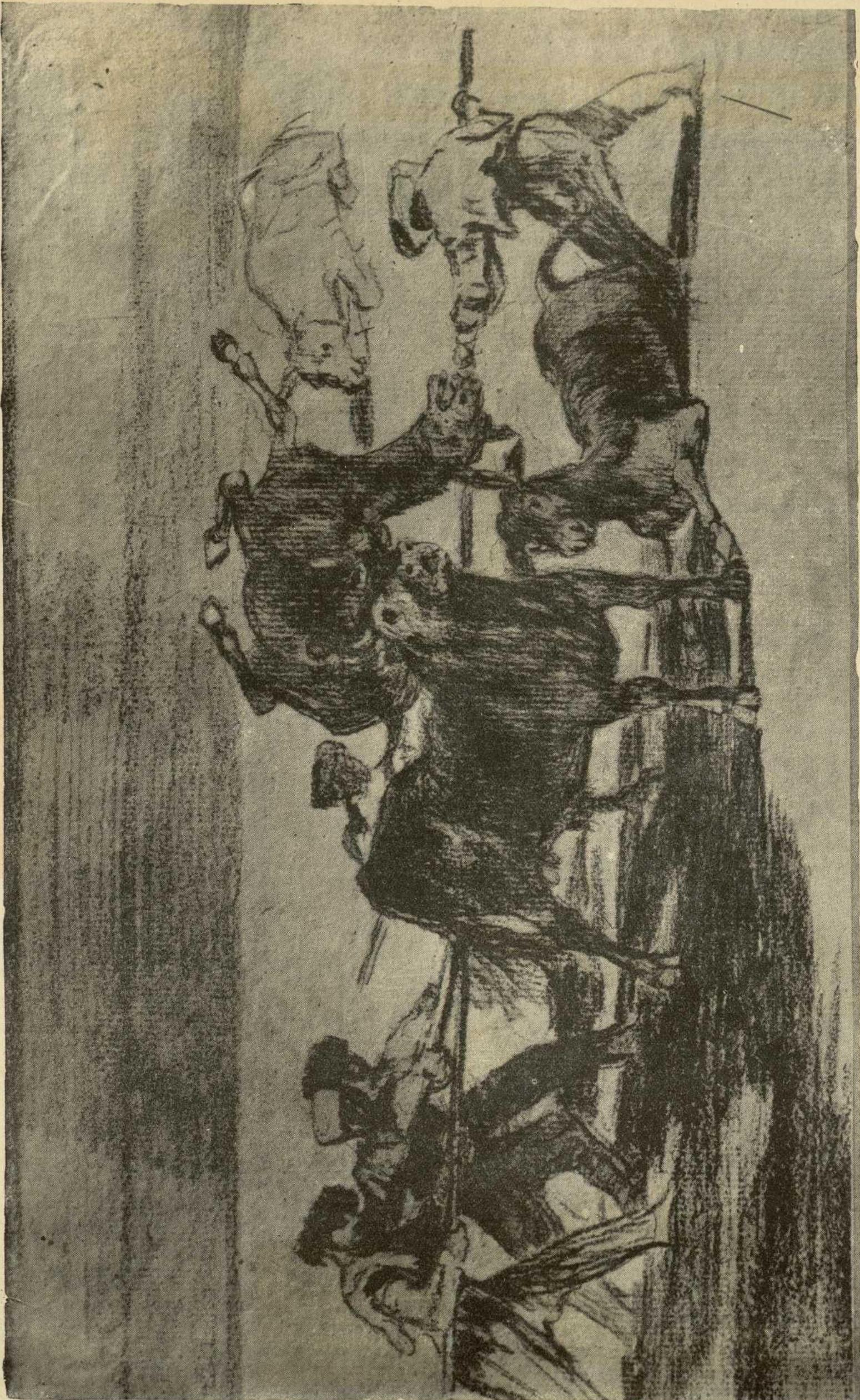


«Torero granadino», cuadro excelente, que es toda una gran página en la historia de la pintura taurina, debido al ilustre artista Gabriel Morcillo

casi ninguno dejará de ofrendarle la plestesia de su devoción fervorosa.

Y el toro surge en la dehesa, con su fondo de Andalucía o de Castilla en el paisaje; en los corrales o en el mismo ruedo, en plena actividad de la corrida. Y surge el picador, y surge el torero en el retrato, colorístico y deslumbrante, y en la vida privada, y hasta en las algaradas del jolgorio y de la juerga. Y surgen, ¡cómo no!, los derivados, siempre interesantes de la Fiesta: el desfile o paseillo, el brindis, la estocada, los tendidos, las manolas, los picos, el ir y venir a la Plaza, los preparativos en el callejón, la capilla, todos y cada uno de los motivos y aspectos del espectáculo taurino. Raro es el pintor de la pasada centuria que no buscara el tema para llevarlo al lienzo. Hasta los más recalcitrantes enemigos o detractores de la Fiesta, no dejaron, burla burlando, de tributarle su homenaje. Cuando arribamos al siglo XX, los toros y toreros en la pintura española, están ya tan consolidados, que vendrán a señalar lo mejor de la pintura contemporánea. Así, desde Ferrant y Villegas, Sorolla y Domingo Marqués, Casado del Alisal y Ferrándiz, Lizcano, Alarcón y Castellanos, la antorcha pictórica, siempre encendida y luminosa, irá pasando de mano en mano, como en la antigua Grecia, para llegar, inconsumible y radiante, a nuestros días. Mariano Benlliure, Denis, Simonet, Rumoroso, Urceta, Bermejo, Romero de Torres, Zuloaga, Gutiérrez Solana, Vázquez Díaz, Soria Aedo, Arpiroz, Domingo, Morcillo, Casero, Saavedra, Segura... Allá lejos, con la separación de una centuria, Goya, Lucas, Alenza... Los antecesores. En un siglo, ¡qué amplia, qué interesante y trascendente historia la de la pintura taurina! Lo más florido del costumbrismo español puesto siempre de moda.





«La tauromaquia».—Goya.—Palenque de los moros hecho con burros para defenderse del toro embolado.—(Dibujo)

(Foto Sánchez de Palacios)

El pelo de los toros: Negro, bragado, girón

